

Dicha y quebranto: mi vida en la UFW

Caminando entre mundos

Mi familia vivía en la calle Edwards, en Marysville, California, un pequeño pueblo situado en el Valle de Sacramento. Ocupábamos la última casa de una calle sin salida y, junto a nuestra propiedad, se extendía un campo que llegaba hasta un bordo, el cual protegía a Marysville de las inundaciones de los ríos Yuba y Feather.

Cuando recién nos mudamos a la calle Edwards, mi madre solo nos permitía aventurarnos un poco dentro del campo. Nuestro límite era un montículo de tierra —abandonado por las cuadrillas de construcción— donde ya brotaba la hierba alta. Después de la escuela, mis hermanos y yo corríamos hacia el campo y trepábamos hasta la cima de la pequeña colina. Luego nos arrojábamos sobre la hierba y rodábamos por la ladera, riendo y lanzando chillidos de alegría. A veces me levantaba rápidamente y volvía a trepar hasta la cima. Otras veces me quedaba quieto al pie de la colina, oculto entre la hierba, y miraba hacia el cielo. Los saltamontes emitían su chasquido mientras saltaban a mi alrededor. Con los dedos trazaba en el cielo las estelas de condensación que dejaban los aviones de la Base de la Fuerza Aérea Beale. Al anochecer, mamá nos llamaba para cenar. Éramos diez en total; cuatro niños se sentaban a cada lado de la mesa, en sus lugares asignados, con mamá en un extremo y papá en el otro.

Ya en mi adolescencia, me gustaba dar paseos solitarios por los campos, caminando hasta llegar al bordo. Con siete hermanos, resultaba difícil encontrar un rincón tranquilo en nuestra casa; sin embargo, el mundo se volvía mi refugio privado cuando caminaba a solas. Desde el bordo, podía girar en un círculo completo y observar el punto exacto donde el cielo tocaba la tierra, como si esta fuera un cuenco invertido. Hacia el sur se extendían los tejados, las calles y

los campanarios del pueblo, así como la vasta inmensidad del valle que se abría más allá. Hacia el norte, unos caballos pastaban cerca de un huerto de ciruelos, mientras que los arrozales se desplegaban en agradables patrones geométricos en dirección a los pálidos picos de la cordillera de las Cascades. Hacia el este, las amarillentas lomas daban paso gradualmente al granito cubierto de nieve de la Sierra Nevada. Hacia el oeste, una cordillera en miniatura se alzaba desde el fondo del valle con una misteriosa perfección: los Sutter Buttes. Más allá de los Buttes se perfilaban las suaves laderas azules de la cordillera costera.

Mi momento favorito del día era el atardecer. Los brillantes tonos rojos y dorados del cielo occidental se reflejaban, en matices pálidos, sobre las lomas situadas al este. Al anochecer, los Sutter Buttes adquirían un tono violeta intenso y, una a una, las luces comenzaban a encenderse en las casas del pueblo. Me gustaba caminar entre mundos. El bordo marcaba la frontera entre la ciudad y el campo, así como el atardecer entre el día y la noche.

De algún modo, aquellos paseos se convirtieron en una oración para mí. Nunca me proponía ir al bordo con la intención de rezar; simplemente sabía que me gustaba estar allí. Pero, de alguna manera, mientras caminaba, empecé a percibir la bondad de la creación y la presencia de Aquel que la trajo a la existencia con su palabra. Me sentía feliz en aquel lugar entremedio y en aquella edad de transición —ni niña del todo, ni mujer aún—, recorriendo a solas los campos y los bordos de Marysville.

Las cosas empezaron a cambiar cuando tenía unos catorce años. El mundo exterior comenzó a invadir mi soledad. Recuerdo a un ayudante de camarero en el restaurante Denny's que se me quedó mirando fijamente mientras conversaba con mi padre. Unos días después, mientras caminaba por el bordo, un motociclista se detuvo a mi lado. Era el ayudante de camarero. Tenía la cara roja y gordita, y traía el pelo rubio bien cortito, tipo militar.

—No deberías andar caminando sola por aquí —me dijo—. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No, estoy bien —respondí—. Ya estoy cerca de casa.

—Bueno, de todos modos no deberías andar sola por aquí —me advirtió mientras arrancaba la moto.

Una semana después, iba caminando de nuevo por el bordo cuando se detuvo un carro lleno de hombres. Olían a alcohol y el radio retumbaba con música country.

—¡Oye! —exclamó uno de ellos, mirándome morbosamente—. ¿Quieres irte de pesca?

—No —respondí, apartándome hacia la pendiente del bordo. Sentí cómo se resbalaban las piedritas bajo mis pies y, por un instante, consideré deslizarme por la ladera del bordo para quedar fuera de su alcance. Uno de los hombres soltó una carcajada y el chofer aceleró. Las llantas chirriaron mientras el coche se alejaba a toda velocidad.

Era cierto. Ya no podía caminar sola por el bordo. Pero no estaba dispuesta a rendirme. A veces convencía a mi hermana pequeña, Florence, o a alguna de mis amigas, para que salieran conmigo. Pero caminar con alguien solía significar hablar con alguien, y yo anhelaba el silencio.

En verano, me atreví a salir hacia el bordo, pero al amanecer en lugar de al atardecer. Me salía de la casa sin hacer ruido mientras todos dormían. El aire de la mañana era fresco y estaba cargado con el aroma a duraznos maduros y heno recién cortado. Hacia el oeste, el cielo permanecía oscuro y las estrellas pendían sobre los Buttes; hacia el este, una luz gris se iba infundiendo lentamente en el horizonte. Con el amanecer incipiente, me orientaba por el sendero que cruzaba los campos y subía al bordo. Luego me sentaba sobre el fresco asfalto

del camino, mirando hacia las Sierras, mientras la Tierra giraba lentamente hacia el sol. Poco a poco, el cielo se iba aclarando y, una a una, las estrellas desaparecían, hasta que solo quedaba el lucero. Pronto, el horizonte se tiñó de vetas rosas y rojas. Las alondras se llamaban unos a otros mientras un brillante ribete dorado irrumpía sobre la cima de las montañas.

El despertar ante la injusticia

Muchos años después, cuando ya era una mujer de edad mediana que organizaba a padres de familia en las escuelas de Oakland, un colega del *National Equity Project* —Victor Cary— me preguntó qué experiencias de la vida habían forjado mi interés en la justicia social. Él sostenía que la pasión por la justicia social suele nacer de una experiencia personal de injusticia. Como mujer blanca de clase media, yo parecía una candidata improbable para la vocación de organizadora comunitaria. Fue entonces cuando le hablé de mi hermana gemela, una mujer sumamente talentosa que nació con autismo antes de que tal diagnóstico existiera. Ella padecía, además, una discapacidad de aprendizaje y epilepsia. Mi amor por la justicia social surgió de tener una hermana gemela con discapacidades. Mi salud era perfecta y el colegio se me daba con facilidad, mientras que mi hermana gemela tenía que luchar, y cada victoria que lograba era fruto de un arduo esfuerzo. Algunos de nuestros compañeros de la Escuela Notre Dame se mostraban crueles con mi hermana, y pasé gran parte de mi infancia defendiéndola de los bulis.

Desde muy joven, comencé a inquietarme por el concepto de justicia. No lograba hallar ninguna explicación razonable para la contradicción que representaban nuestras vidas. Éramos gemelas. Compartimos el vientre. Crecimos en el seno de la misma familia. Y, sin embargo, mi vida era relativamente fácil, mientras que la suya era difícil. ¿Cómo podía explicarse esto? No era la condición física de mi hermana lo que yo intentaba comprender, sino el significado más profundo de la diferencia.

Mi experiencia personal contradecía la idea de la meritocracia. Tenía pruebas de que el éxito y el fracaso no dependen necesariamente de nuestros propios esfuerzos. Comencé a reflexionar sobre la cuestión del valor humano. ¿Qué es lo que confiere valor a la vida de una persona? ¿Es nuestra apariencia, nuestra inteligencia, nuestra destreza física, nuestra popularidad? ¿Es nuestra familia? Desde que era adolescente, me convencí de que el orden del mundo estaba, de alguna manera, terriblemente equivocado. Sin embargo, también era una época de grandes movimientos sociales, y yo tenía la esperanza de que algo pudiera cambiar.

Una tarde de domingo, mi madre nos leyó algunos fragmentos de la «Carta desde la cárcel de Birmingham», de Martin Luther King Jr.:

...Soy consciente de la interconexión existente entre todas las comunidades y los estados. No puedo permanecer de brazos cruzados en Atlanta sin preocuparme por lo que sucede en Birmingham. La injusticia en cualquier lugar constituye una amenaza para la justicia en todas partes. Estamos atrapados en una ineludible red de reciprocidad, atados por un mismo manto del destino. Todo aquello que afecta a uno directamente, afecta a todos indirectamente... Hubo un tiempo en que la Iglesia era muy poderosa; una época en la que los primeros cristianos se regocijaban al ser considerados dignos de sufrir por aquello en lo que creían. En aquellos días, la Iglesia no era meramente un termómetro que registraba las ideas y principios de la opinión popular; era un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad...

La preocupación de mi madre por la justicia social se materializó en acción cuando decidió boicotear las uvas de mesa en 1967. Nos explicó que, al negarnos a comprar uvas, podríamos ayudar a los trabajadores agrícolas a conseguir un salario justo y condiciones laborales dignas. En febrero de 1968, César Chávez inició una huelga de hambre. Rezamos por él mientras ayunaba, y esperamos con angustia mientras los días sin comida se convertían en semanas, y las semanas se acercaban peligrosamente a cumplir un mes. Tras veinticinco días, César

Chávez —ya muy debilitado— finalmente terminó su ayuno. Vimos la cobertura televisiva del momento en que Chávez recibía la comunión, con Bobby Kennedy a su lado.

Luego, en abril, presenciábamos cómo se anunciaba el trágico asesinato del Dr. King en el noticiero vespertino. El ambiente en nuestro hogar era sombrío y taciturno. Los recuerdos de un asesinato anterior resonaban en nuestros corazones.

A la mañana siguiente, me encontré con una reacción muy distinta ante el asesinato del Dr. King en la Escuela Notre Dame. Un pequeño grupo de compañeros de clase permanecía de pie cerca del frente del aula, conversando sobre el asesinato. Al acercarme a ellos, oí a la hija de un rancho comentar:

«Me alegra que hayan matado a ese comunista King, y espero que Chávez sea el siguiente».

Me detuve en medio del pasillo al sentir cómo las palabras me atravesaban. Varios de los que molestaban a mi gemela estaban ahí en medio del grupo, asintiendo como si nada. En ese instante, mi inquietud personal sobre el modo en que la sociedad asigna valor a la vida humana se fusionó con una lucha mayor. Tuve una revelación repentina: del mismo modo que mi propio éxito no había sido «ganado» por mérito propio, grupos enteros de personas recibían beneficios que no se habían ganado, mientras que otros grupos sufrían a causa de un orden social profundamente injusto.

Discernir un llamado a la justicia social

En 1970, cuando cursaba mi primer año en la secundaria, descubrí el tipo de iglesia que el Dr. King anhelaba en su *Carta desde la cárcel de Birmingham*. Una hermana de Notre Dame, destinada en Brasil, envió un mensaje conmovedor a la comunidad de Notre Dame en Marysville. La grabación de audio se compartió en todas las clases de religión. Ella describía

una iglesia en la que catequistas, monjas, sacerdotes e incluso obispos arriesgaban a diario sus vidas trabajando junto a los pobres para generar un cambio social. Su descripción de la iglesia de Brasil hizo que el corazón me ardiera por dentro. Quería ser como ellos. Llegué a casa y le conté a mi madre sobre esa iglesia asombrosa que se ponía del lado de los pobres; le hablé del clero y de los religiosos que habían sido encarcelados e incluso asesinados.

Mi madre reconoció el nombre de la hermana que había hecho la grabación:

«Ella fue una de mis alumnas en la Escuela Secundaria Notre Dame en San José y, al final del año escolar, me regaló algo». Mamá fue a su joyero y sacó un relicario de corazón, colgado de una cadena de oro. Tenía unas flores grabadas en el lado izquierdo.

«Toma, Elizabeth. Este corazón es tuyo.».

Aquel relicario de corazón fue un regalo que mi madre me dio y, a través de su ejemplo, comencé a discernir un llamado a la justicia social.

Me trasladé a la secundaria de Marysville en décimo grado, cuando cerró la secundaria católica. Sentí como si el mundo entero se abriera ante mí al llegar a la escuela pública. Las comunidades étnicas que habían fundado el pueblo durante la fiebre del oro seguían muy bien representadas: chinos, afroamericanos, irlandeses, franceses, mexicanos y judíos. Inmigrantes de Japón y de la región del Punjab llegaron a los condados de Yuba y Sutter después de la fiebre del oro para dedicarse a la agricultura. El *Dust Bowl* (la gran sequía y tormenta de polvo) trajo consigo otra oleada de migrantes de Oklahoma y Arkansas. La mascota de la escuela era un indio con un tocado de plumas; sin embargo, los Maidu —los habitantes indígenas de las tierras situadas entre los ríos Yuba y Feather— eran prácticamente invisibles.

Mi despertar a la justicia social continuó en la secundaria Marysville. En la clase de inglés de segundo año, tuvimos que trabajar en parejas y realizar una presentación oral sobre una figura pública que admirábamos. Convencí a mi pareja —bastante tímida, por cierto— de que Angela Davis merecía nuestra admiración, a pesar de haber sido incluida en la lista de los diez fugitivos más buscados del FBI, o tal vez precisamente por ello. Comencé a trabajar como voluntario en el Hospital del Condado, el lugar donde las personas sin recursos tenían acceso a servicios médicos. Me uní a los *Pied Pipers*, un club que buscaba brindar experiencias sociales normales a adolescentes con síndrome de Down. Obtuve créditos en mi clase de educación cívica por haber trabajado en la campaña presidencial de McGovern. Durante mi último año de secundaria, también me involucré con el *American Field Service*, un programa internacional de intercambio estudiantil. Gané una beca para pasar el verano en el extranjero tras graduarme de la secundaria, y viví en Argentina durante diez semanas.

Cuando regresé de Argentina en agosto de 1973, ya había aprendido a hablar español. Me matriculé en el Colegio Comunitario Yuba y tomé clases de español, historia de América Latina y Estudios Chicanos. Mediante estas clases, me reencontré con el sindicato campesino (UFW). Uno de los profesores, Sal Soto, usaba un sombrero de paja redondo y de tejido muy tupido, con un ala que se curvaba hacia abajo en lugar de hacia arriba. Era el tipo de sombrero que usaban los campesinos para protegerse del sol. Su chaleco estaba cubierto de botones del UFW; en uno de ellos se leía: «Boicot a las uvas». Al terminar la clase, me acerqué a él:

—Mi familia solía boicotear las uvas, pero yo pensaba que el boicot ya había terminado.

—¡No! —respondió Sal con énfasis, y sus ojos se abrieron de par en par mientras negaba con la cabeza.

—Deberías venir a otra clase que enseño por las noches para aprender más al respecto.

Unirme al movimiento

Sal impartía un curso electivo titulado «Estudios sobre los Campesinos». Organizaba excursiones por todo el Valle de San Joaquín. Me inscribí en la clase y visité a los huelguistas de la uva en Lamont, la clínica médica de la UFW en Salinas, la Aldea de Retiro Agbayani en Delano —construida para los trabajadores agrícolas filipinos que habían sido víctimas de las leyes antimestizaje contra los asiáticos, las cuales les impedían casarse y formar una familia—, y el complejo conocido como La Paz, que albergaba la sede central de la UFW en las montañas Tehachapi, al este de Bakersfield.

Cuando viajábamos con Sal, hacíamos paradas para visitar a su familia y amigos a lo largo del camino. En Patterson, la futura suegra de Sal nos preparó té de hierba limón con hojas recién cosechadas de su jardín. En Arvin, compartí una cama doble con dos hermanas adolescentes. Las sábanas eran finas y tiritaba de frío toda la noche. Por la mañana, la madre entró en la habitación y se rio al vernos; luego regañó a sus hijas por acaparar las mantas. Nos sirvió un desayuno abundante con huevos, frijoles y tortillas caseras. En Gilroy, nos sentamos al aire libre, bajo las estrellas, y asamos mazorcas de maíz a fuego abierto. A la mañana siguiente fuimos a una panadería y compramos pan dulce con forma de concha, acompañado de chocolate caliente con canela. De fondo, la radio tocaba rancheras.

Cuando pasábamos la noche en La Paz, dormíamos todos en la misma habitación grande, al estilo de un barracón. Había un joven flaco de Yuba City llamado Víctor, de pelo largo, un bigote ralo y una sonrisa lenta. Yo le gustaba. Mientras estábamos sentados conversando, un escorpión cruzó el suelo a toda prisa y lo mató. Todos se pusieron de pie de un salto para mirar. Luego sacudimos las sábanas y miramos debajo de las camas para asegurarnos de que no hubieran otros escorpiones acechando en las cercanías.

Recuerdo haber tenido una intensa discusión con Sal y los otros estudiantes chicanos aquella noche. Les pedí que dejaran de llamarme «anglo» o «gabacha». Sentía que esos términos eran ligeramente despectivos y no representaban mi identidad.

—No soy anglo, soy irlandesa —insistí. —Mi familia habla inglés porque Irlanda fue colonizada por Inglaterra. El idioma irlandés fue prohibido. Mi familia se vio obligada a abandonar Irlanda debido al hambre... un millón de personas murieron de hambruno. Los irlandeses llegaron a los Estados Unidos en barcos infestados de tifus. Miles murieron durante la travesía y sus cuerpos fueron arrojados al mar. Los irlandeses desembarcaron en este nuevo mundo con solo las pertenencias que podían cargar en sus brazos». Si bien era cierto que mis antepasados habían sido víctimas de la opresión, también era cierto que yo formaba parte ahora de la cultura dominante en los Estados Unidos. No comprendía plenamente las complejas dinámicas raciales. Odiaba el racismo; sin embargo, me beneficiaba de él a diario, simplemente por el hecho de tener la piel blanca.

No obstante, el término «anglo» me crispaba los nervios. Ya fuera real o percibida, mi padre creía que los protestantes lo discriminaban en el trabajo... que ser irlandés católico lo había colocado en una situación de desventaja durante toda su vida. También recordaba las historias que la abuela y la tía Gertrude contaban sobre su bisabuela... cómo aprendió a hablar «el gaélico» en secreto, en una escuela improvisada entre los setos, bajo la tutela del párroco. Me parecía absurdo que Sal y los demás estudiantes se refirieran a mí como «anglo». Tampoco era yo una «gabacha», término derivado de los franceses que invadieron México en el siglo XIX. Finalmente, acordaron dejar de utilizar el término «anglo», pero continuaron llamándome «gabacha», insistiendo en que no era despectivo; simplemente significaba que yo no era chicana. Acepté esto.

En ocasiones, Sal invitaba a la clase a un ex organizador del UFW llamado Pancho Botello para que diera una charla. Botello era bien parecido y de carácter fuerte, con ojos vivaces que se le arrugaban al sonreír. Aunque Botello ya no trabajaba para la UFW, gozaba de un amplio reconocimiento entre los campesinos de la zona, quienes lo consideraban un líder y una persona a la que podían acudir en busca de ayuda. Ya se tratara de salarios impagos o de reclamaciones por accidentes laborales, Botello conocía a fondo los derechos de los trabajadores y no temía defenderlos.

Pancho llevaba una vida sencilla. Era dueño de una pequeña casa móvil situada en las Viviendas Públicas Richland, en Yuba City. La mayoría de los residentes de Richland eran trabajadores agrícolas, y durante el verano el lugar albergaba un gran campamento de migrantes. Botello amaba al sindicato, pero no compartía la filosofía de la no violencia que promovía Chávez. Aunque Botello vivía en Yuba City, había organizado por el sindicato en otras partes del estado. No existía una presencia activa del UFW en el área de Marysville y Yuba City.

Cada vez que Botello asistía a clase, yo le planteaba distintas variantes de la misma pregunta:

—¿Por qué la UFW no está organizando en Marysville y Yuba City—. Un día, Pancho tuvo una respuesta:

—Va a haber una oficina de la UFW en Marysville, y tú vas a ser quien la abra—.

La propuesta de Botello me tomó por sorpresa y despertó mi intriga. Conversé sobre la idea con Sal y su esposa, María; también consulté a mi madre, a mis hermanos y a mis amigos más cercanos. En el otoño de 1974, tras reflexionar y rezar, elaboré un plan para tomarme un año sabático de la universidad y trabajar para la unión de los campesinos.

Logré conseguir una donación de \$1500 dólares para la oficina de la UFW por parte de la Organización de Voluntarios del Hospital del Condado de Yuba, y obtuve una donación de muebles de oficina del Club de Mujeres de Bogue. Si bien \$1500 dólares no parecen una gran suma hoy en día, en 1974 bastaban para pagar un año de alquiler de una pequeña oficina. Botello eligió un lugar que ya había sido sede de la UFW anteriormente, durante la huelga de DiGiorgio. La oficina se encontraba en la planta baja del Hotel Olympic, entre el puente de la Calle Quinta y el Centro Médico Rideout, en Marysville. Cuando llamé a la sede sindical en La Paz para informarles sobre la donación de dinero y muebles de oficina, me di cuenta que algo no iba bien. Nadie sabía de qué les estaba hablando... el sindicato no tenía planes de abrir ninguna oficina en Marysville.

Conociendo a César Chavez

Confundida, acudí a Sal, quien entonces llamó a Botello. Pancho admitió que no tenía autoridad para ofrecerme un empleo. Sal le pidió que hiciera una reunión con César para ver qué se podía hacer, dado que yo ya había solicitado un permiso de ausencia en Yuba College y había conseguido donaciones para la oficina. Botello se acordó.

Una semana después, cinco personas subimos al coche de Sal y nos dirigimos hacia el sur, a través del Valle de San Joaquín, rumbo a las montañas Tehachapi. Botello andaba crudo y tuvimos que parar cuando se sintió indispuesto. Al llegar a la sede del sindicato, nos registramos en la caseta de seguridad. Nadie sabía que íbamos a llegar. Botello no había conseguido una cita con César, y nosotros habíamos viajado seis horas para llegar a La Paz. El guardia llamó a la asistente administrativa de César para ver qué se podía hacer. César accedió a recibirnos.

Nos sentamos en un banco de madera en el pasillo, frente a la oficina de César, y esperamos. La sede del sindicato ocupaba un edificio que había sido un hospital para tuberculosos. En la entrada había una recepcionista sentada en un cuartito con una ventana de vidrio corrediza. Parecía el personaje de Lily Tomlin, «Ernestine», manejando una vieja centralita telefónica con un enredo de cables. Unas pequeñas oficinas daban a un largo pasillo con un suelo marrón y rayado. Las paredes estaban decoradas con carteles vívidos de *El Taller Gráfico*, la imprenta de la UFW. Las imágenes incluían a un fiero guerrero azteca machacando con sus manos uvas teñidas de sangre; a Pancho Villa, montado sobre su caballo, con un fusil colgado a la espalda; a Emiliano Zapata, mirando con severidad a la cámara desde detrás de un espeso bigote y con el pecho cruzado por cananas; y, junto a Zapata, un retrato de César Chavez con una cita sobre la no violencia.

Finalmente, César salió a recibirnos. Nos invitó a pasar a su oficina. Recuerdo sus ojos... eran distintos, oscuros pero luminosos... y me cautivaron. Su voz era suave y hablaba con la cadencia rítmica del barrio californiano. Había un rastro de sonrisa cerca de sus labios. Su cabello era lacio y oscuro, veteado de canas. Tenía casi mi misma estatura.

César nos invitó a sentarnos. Conversó con Botello, a quien no había visto en más de un año. Luego escuchó mientras Pancho relataba nuestra historia. Finalmente, César se volvió hacia mí y me preguntó por qué quería trabajar para la UFW.

—Organizar no es un trabajo de nueve a cinco —advirtió. —No hagas esto porque esperes que te den las gracias. Nadie te va a dar las gracias. Tienes que mirar en tu interior y encontrar tu propia razón para realizar este trabajo... una razón lo suficientemente fuerte como para sostenerte—.

—Quiero hacer este trabajo debido a mi fe —respondí sin dudar. —Siento el llamado a trabajar por la justicia social—. César guardó silencio y reflexionó por un momento. Luego dijo:

—Necesito a alguien en Santa María. Si realmente quieres trabajar para la UFW, puedo asignarte allí—.

—¡No! —objeté. —La única razón por la que estoy aquí es para que el movimiento de los campesinos llegue a Marysville y Yuba City. Si el dinero es problema, nosotros mismos podemos pagar la oficina. Yo puedo vivir en mi casa y ofrecer mi tiempo como voluntaria—.

Por su parte, Sal, María, Víctor y Botello le aseguraron a César que harían todo lo posible para que la oficina de la UFW en Marysville saliera adelante. César se quedó callado otra vez. Se reclinó en su silla y se puso a pensar. Finalmente, dijo:

—Está bien. Abriré un centro de servicios en Marysville—. Las sonrisas brotaron por toda la sala. María me miró con orgullo. Entonces, César comenzó a impartirnos un curso intensivo sobre cómo gestionar un centro de servicios. Los centros de servicios de la UFW ayudaban a los campesinos a orientarse en los programas gubernamentales creados para asistir a los trabajadores pobres, tales como la compensación por accidentes laborales, los cupones de alimentos, Medi-Cal, el Seguro Social y la vivienda pública. Los centros de servicios también ayudaban a los trabajadores a presentar sus declaraciones de impuestos y a encontrar abogados de inmigración de confianza. César me aconsejó que nunca debería de mandar a los trabajadores a las oficinas gubernamentales solos, sino que los acompañara personalmente para poder abogar por ellos.

A medida que el centro de servicios fuera forjando una reputación sólida en la comunidad, la confianza en la UFW iría en aumento. La UFW no aceptaba dinero a cambio de sus servicios, pero se invitaba a cada persona a participar en las actividades del sindicato. Se pidió a los

trabajadores que organizaran reuniones en sus hogares e invitaran a familiares, amigos y compañeros de trabajo para conocer la UFW. Así, poco a poco, se iba tejiendo una red de relaciones a través del centro de servicios. César me pidió que regresara a La Paz en enero para asistir a una sesión de capacitación con Fred Ross, Sr.

Construyendo relaciones a través del servicio

Nuestra visita concluyó y salimos afuera. Atardecía y el aire de la montaña se sentía helado. Volvimos a subir al coche de Sal para emprender el largo viaje de regreso a casa. Mientras descendíamos la montaña, sentí que el peso del mundo caía sobre mis hombros. Tenía diecinueve años y estaba a punto de inaugurar un centro de servicios de la UFW para los campesinos de los condados de Yuba y Sutter. Al cobrar conciencia de la enormidad de lo que había pasado, comencé a rezar en silencio...

—Jesús, por favor, ayúdame. No puedo hacer esto sin ti—.

Regresé a La Paz en enero de 1975. Una fina capa de nieve cubría los escarpados picos que rodeaban la sede del sindicato. La calefacción del edificio principal no funcionaba, por lo que la gente llevaba suéteres gruesos.. Unos calefactores portátiles zumbaban en un par de cuartos; sus resistencias incandescentes apenas emitían tanto calor como el único trozo de carbón de Bob Cratchit. La capacitación tuvo lugar en una sala austera, con ventanas que daban a las montañas. Nos sentamos en sillas plegables, formando un semicírculo.

Fred Ross Sr. era un hombre alto y delgado, de piel envejecida y cabello blanco. Inició la sesión de capacitación contándonos cómo había conocido a César. Fred era un organizador comunitario que trabajaba en un barrio pobre de San José llamado «Sal Si Puedes.» A medida que Fred conocía a la gente del barrio, muchos le sugerían que hablara con César Chávez. Sin embargo, César se resistía a reunirse con Fred, pues sospechaba que podría tratarse de un

investigador universitario que había acudido «...para contar cuántos frijoles comen los Mexicanos». César necesitaba poner a prueba a Fred antes de considerarlo digno de confianza. Finalmente se reunió con él y accedió a organizar una reunión en su casa, pero en secreto coordinó con su primo Manuel para que este interrumpiera el encuentro y le diera una lección al forastero. No obstante, a mitad de la reunión, César ya se sentía intrigado por la idea de la organización comunitaria. Cuando Manuel comenzó a interrumpir la reunión, César tuvo que intervenir para hacerlo callar.

César se convirtió en organizador de la Organización de Servicio Comunitario (CSO), una afiliada a la Fundación de Áreas Industriales, dirigida por Saul Alinsky. En 1962, César se desvinculó de la CSO porque deseaba organizar a los campesinos. La primera huelga de la uva comenzó en Delano en 1965. Cuadrillas de trabajadores filipinos, pertenecientes a otra organización laboral llamada Comité Organizador de Trabajadores Agrícolas, abandonaron los viñedos y declararon la huelga. Pidieron al incipiente grupo de César —la Asociación Nacional de Trabajadores Agrícolas— que se uniera a ellos. César no tenía pensado actuar tan rápido y no se sentía listo para una tarea tan grande. Sin embargo, tras dos semanas de deliberación, César y sus líderes decidieron unirse a la huelga.

Las dos organizaciones se fusionaron al año siguiente, dando origen a la UFW. El sindicato firmó sus primeros contratos con los productores de uva en 1969. Los acuerdos se lograron gracias a un boicot de consumidores. Los huelguistas se desplegaron desde el Valle de San Joaquín por toda la nación, llegando a cada mercado urbano importante, contando su historia frente a los supermercados, en las salas de las casas y en los salones parroquiales. La UFW ganó muchos aliados entre personas como mi madre, quienes estaban muy alejadas de la lucha. El poder económico del boicot finalmente obligó a los productores a negociar.

Cuando llegó el momento de que la UFW renovara sus contratos en 1973, los viticultores siguieron el ejemplo de los productores de lechuga en Salinas. Reclutaron la ayuda del sindicato de los Teamsters y, en su lugar, firmaron contratos patronales. La UFW convocó una huelga que resultó trágicamente en violencia. Los rancheros contrataron guardias de seguridad armados para intimidar a los campesinos en los piquetes. Dos trabajadores fueron asesinados, y la UFW lanzó un nuevo boicot contra la uva.

Después de describir la historia del sindicato, Fred nos enseñó cómo organizar. Las reuniones en las casas constituían una estrategia fundamental utilizada por la UFW. En primer lugar, el organizador realizaba visitas personales para conocer a los trabajadores... y así comprender sus historias y sus inquietudes. Luego, ponía a prueba el liderazgo de las personas pidiéndoles que organizaran una reunión en su propia casa e invitaran a asistir a familiares, amigos y compañeros de trabajo.

La junta solía empezar con todos presentándose y contando sus historias. Experiencias de abusos eran angustiosamente frecuentes: desde el impago fraudulento de salarios y la exposición a pesticidas, hasta la falta de agua potable o de sanitarios en los campos de cultivo. Entonces el organizador contaba la historia de César, vinculándola con el dolor que los trabajadores habían expresado, pero con un giro... César tomó la decisión de organizarse y cambiar las condiciones de trabajo injustas. Formó el sindicato United Farm Workers (la unión de campesinos).

El objetivo de la reunión de casa era entrelazar las historias individuales de los trabajadores para crear una historia colectiva de lucha y transformación. Dicha reunión fue un llamado a la conversión, una invitación para que las personas expresaran su dolor y, entonces, transformaran el dolor en acción. Se esperaba que los trabajadores se identificaran con la decisión de César de organizar... que cada persona presente tomara también su propia decisión personal de organizar... para unirse en una lucha no violenta por la justicia social. Se invitaba a cada persona presente en la reunión a identificar un siguiente paso —uno por uno— frente a los demás. Quizás podrían organizar su propia reunión de casa, o afiliarse al sindicato, o hacer una contribución económica a la UFW.

Fred nos grabó en video mientras realizábamos simulacros de visitas personales y reuniones de casa. Nos ofreció críticas y palabras de aliento. Hacia el final de la semana, César vino a hablar con nosotros. El segundo boicot estaba en pleno apogeo y abarcaba múltiples productos: uvas de mesa, lechugas y vinos Gallo; sin embargo, la victoria parecía inalcanzable. Aunque las circunstancias eran sombrías, César no se rindió. Por lo contrario, reflexionó sobre la idea de formar un sindicato no solo para los campesinos, sino para todos los pobres de los Estados Unidos. Nos animó a tender la mano a cualquier persona que estuviera sufriendo a causa de la pobreza.

Cuando regresé a Marysville, me enteré de que el local que Botello había seleccionado no estaría listo para ocuparse hasta después de varias semanas. El padre Bishop, de la iglesia de San Isidro en Yuba City, nos cedió un espacio temporal en el Centro San Felipe, un centro comunitario católico situado cerca del proyecto de viviendas Richland. El padre Bishop me presentó durante las misas en español en Marysville y Yuba City. Mientras tanto, Sal gestionó que el Servicio de Impuestos Internos (IRS) capacitara a un grupo de voluntarios para que

pudiéramos organizar clínicas de impuestos para los campesinos durante las tardes. Al cabo de unas semanas, el centro de servicios de la UFW abrió sus puertas en su propia oficina y, poco a poco, la noticia comenzó a difundirse.

Los primeros trabajadores que acudieron habían sufrido daños en el trabajo y necesitaban ayuda para tramitar sus reclamaciones de compensación al trabajador. Recuerdo a un joven que fue expuesto a pesticidas. Lo habían mandado a trabajar en un campo que acababa de ser fumigado. Tenía una erupción dolorosa en los antebrazos y las palmas de sus manos estaban manchadas de amarillo. Lo ayudé a llenar el papeleo inicial para presentar un reclamo. El sistema de compensación al trabajador era difícil de navegar, pero finalmente logré contactar a un abogado bilingüe de Dixon. Se hacía llamar “Crusader Rabbit” y venía a Marysville los sábados por la mañana para dar clínicas sobre accidentes de trabajo.

La actividad se intensificó drásticamente a lo largo de la primavera gracias a una legislación que la UFW había impulsado, la cual otorgaba a los campesinos el derecho al seguro de desempleo. A medida que se difundía la noticia del nuevo programa, la Oficina Estatal de Empleo se vio inundada de solicitantes, la mayoría de los cuales no hablaba inglés. El Estado necesitaba ayuda para manejar el volumen de casos, así que acordaron que la UFW hiciera una selección previa de los solicitantes.

La oficina de empleo me capacitó para ayudar a los campesinos a llenar la solicitud y reunir los documentos necesarios antes de su cita. Recordando el consejo de César de no simplemente mandar a la gente a otra parte, acompañaba a los trabajadores a las entrevistas en la oficina de empleo para asegurarme de que recibieran un trato justo.

Después, di seguimiento con visitas personales y pedí a la gente que organizara reuniones en sus hogares. La mayoría aceptó.

A veces viajaba a pueblos alejados como Live Oak o Rio Oso para reunirme con los trabajadores y sus familias. Algunos trabajadores vivían en las propiedades de los patrones, en casas escondidas entre los huertos de duraznos, al final de caminos de tierra. Las casas en los ranchos de tomate eran como pequeñas manchas, perdidas en la inmensidad de los sembradíos que llegaban hasta los bordos lejanos. Muchos trabajadores vivían en el pueblo, y me familiaricé con los enclaves de campesinos en Marysville, Yuba City, Linda y Olivehurst... esas casitas escondidas detrás de la casa principal, en calles sin banquetas.

Las familias eran acogedoras y amables, siempre dispuestas a ofrecer comida y bebida. Me sentí honrada de que me permitieran entrar en sus vidas. Había una riqueza de cultura, familia y fe incluso en las viviendas más humildes... imágenes de la Virgen de Guadalupe adornaban las paredes, a veces con un rosario entrelazado en el marco y una veladora cuya llama oscilaba debajo... había bebés envueltos en suaves mantas tejidas a mano y niños de ojos grandes que se asomaban tímidamente desde detrás de las faldas de sus madres... ..había manteles blancos con flores de colores bordadas en punto de cruz, todos cubiertos con plásticos transparentes... y había jardines... jardines increíbles con hierbas medicinales, tomates, chiles y altas hileras de maíz. Tal vez hubiera botellas de licor en la cocina, pero a mí siempre me ofrecían Nescafé y galletas... me trataban con respeto porque yo representaba a César Chávez y a la UFW... yo representaba la esperanza.

Durante la primavera pude realizar docenas de reuniones en los condados de Yuba y Sutter, llegando a conocer, en el proceso, a cientos de trabajadores y a la industria agrícola local. Llevé registros minuciosos de las reuniones en las casas, con hojas de asistencia e información

de contacto. El nivel de actividad aumentó una vez más cuando César convenció al recién elegido gobernador, Jerry Brown, de mediar en las negociaciones entre la UFW y los rancheros. El resultado fue la primera ley en la nación en proteger el derecho de los campesinos a organizarse: la Ley de Relaciones Laborales Agrícolas. La UFW movilizó a trabajadores, estudiantes y aliados de la comunidad religiosa para participar en una manifestación masiva en Livingston, cerca de los viñedos Gallo, en apoyo a la legislación. La Ley de Relaciones Laborales Agrícolas fue aprobada y promulgada por el gobernador.

Un momento histórico: elecciones en el campo

Debido al aspecto temporal del trabajo agrícola, la ley entró en vigor de inmediato, en el verano de 1975. César decidió caminar desde San Diego hasta Sacramento para promover elecciones representativas y despertar el entusiasmo para organizar. Para que se llevara a cabo una elección en un rancho determinado, los trabajadores debían firmar tarjetas de autorización del sindicato. Cuando la mayoría de los trabajadores firmaban las tarjetas, entonces la unión podía solicitar una elección. Marysville y Yuba City no figuraban en el mapa de la caminata de César, y al parecer no había planes de realizar elecciones al norte de Sacramento. Llamé a La Paz para preguntar cómo podíamos ser incluidos. Me dijeron que los centros de servicio no podían recaudar tarjetas de autorización legalmente, solo las oficinas de campo. Después de consultar con Botello y Sal, decidí alcanzar a César en la marcha para pedirle que cambiaran el estatus de nuestra oficina de centro de servicio a oficina de campo.

Cuando el grupo de Marysville se unió a la marcha, me abrí paso hasta el frente, pasando a los guardaespaldas, para conversar con César. Mientras caminábamos, me preguntó sobre el número de reuniones en casas que yo había realizado y cuántos trabajadores habían participado. Cuando

le dije la cifra, se mostró incrédulo. Así que metí la mano en mi mochila y saqué las listas de asistencia. César las hojeó y sacudió la cabeza, sin poder creerlo.

—Está bien. Voy a cambiar su estatus a oficina de campo —dijo. Una vez más, regresamos a casa jubilosos.

Era finales de junio y los trabajadores migrantes empezaron a llegar para las cosechas de verano. El campamento del gobierno en el Centro de Viviendas Richland estaba a reventar de gente nueva, muchos con placas de Texas. Cada departamento, cabaña y cuarto de hotel humilde en Marysville y Yuba City estaba ocupado por familias y hombres solteros que esperaban trabajar en las cosechas de durazno y tomate. Durante el invierno y la primavera, habíamos establecido una base firme de apoyo entre los trabajadores locales; ahora necesitábamos organizar intensivamente a los migrantes.

Se me asignó un presupuesto y contraté a cuatro campesinos y a un estudiante de Mecha de Yuba College como organizadores. Un abogado de la UFW fue asignado para manejar los aspectos legales de las elecciones de representación sindical supervisadas por el Consejo de Relaciones de Trabajadores Agrícolas (ALRB). Su nombre era Peter Habermeld, y ya había trabajado en Marysville anteriormente con la Asistencia Legal Rural de California. Peter se convirtió en mi amigo de toda la vida. Trabajaríamos juntos de nuevo muchos años después en las escuelas de Oakland. Peter y yo teníamos amigos en común en Marysville, incluyendo a la familia Harris. Kwasi Harris, un joven académico y activista afroamericano, se nos unió durante dos semanas para ayudar con la campaña electoral. Botello ahora empleaba a su propio personal en el Concilio de Yuba City, tras haber recibido una subvención federal. Él no podía organizar directamente, pero aprovechó sus relaciones en favor del sindicato.

La UFW decidió centrarse en la industria del tomate en todo el estado, por lo que también concentramos nuestros esfuerzos locales en los ranchos de tomate de los condados de Yuba, Sutter y Colusa. Las cuadrillas de la tomatara trabajaban en las máquinas cosechadoras día y noche, sin parar. Teníamos acceso a los trabajadores antes y después de sus turnos, y durante la hora del almuerzo. Los trabajadores nos llamaban para darnos la ubicación del equipo, que cambiaba a diario a medida que la cosecha se trasladaba de un campo a otro. Salíamos al amanecer, al mediodía, al atardecer e incluso a medianoche para hablar con ellos. Les pedíamos sus datos de contacto y luego los visitábamos en sus casas.

Los migrantes que vivían en el campamento gubernamental tenían acceso a atención médica y guardería gratuitas. Entre los migrantes que vivían fuera del campamento, la salud era una gran preocupación. Recuerdo a una pareja joven que vivía en un jacal a la orilla de un huerto de duraznos. Sacaban agua de una llave de afuera y usaban un bote de pesticida abandonado para lavar sus trastes. Los niños de otra familia parecían estar desnutridos, tal vez por parásitos. Eran sumamente pequeños para su edad y tenían ojeras muy marcadas. Los padres tenían sobrepeso y su piel se veía flácida y pálida. En general, no fue difícil interesar a los trabajadores migrantes en la UFW y rápidamente se unieron a la población local para firmar las tarjetas de autorización.

La primera victoria electoral en el rancho Herota Brothers fue seguida por más victorias en Carter Farms, Halsey Ranch y Pacific Farms. También perdimos un par de elecciones. En un rancho empezamos a organizar demasiado tarde, cuando solo quedaban dos semanas de temporada. Los trabajadores de planta eran chavistas de hueso colorado, pero las cuadrillas de la cosecha eran hombres indocumentados de México que después resultaron vulnerables a las

intimidaciones. Ganamos la votación en otro rancho del condado de Sutter que pertenecía a una corporación estatal llamada Anderson Farms, pero lamentablemente la elección se perdió en otros condados hacia el sur.

Cuando terminó la cosecha de tomate, César me pidió que fuera a Napa para ayudar con las elecciones entre los viticultores. La UFW tenía dos contratos de larga data en el Valle de Napa, pero ninguna oficina de campo. Los miembros locales de la unión habían ideado su propio método de organización en los viñedos que no estaban sindicalizados. Su estrategia era secreta y ocurría mayormente de noche. Se metían a escondidas en los campamentos de trabajo mientras los mayordomos descansaban en sus casas. Los líderes locales no querían ni necesitaban acceso durante el día, porque temían represalias contra los simpatizantes del sindicato

Los trabajadores estaban contentos de tener a alguien del personal asignado al Valle de Napa, pero no querían que yo anduviera directamente metida en la recaudación de las tarjetas de autorización. En su lugar, querían que abriera una oficina en St. Helena y fuera la cara pública de la unión en el valle. La UFW ganó varias elecciones de representación en el Valle de Napa ese otoño. Aunque admiraba que los trabajadores se valieran por sí mismos, también sentía que solo estaba ahí de adorno. Cuando la temporada de cosecha terminó a finales de noviembre, le pedí a César que me enviara de regreso a Marysville.

Asistía con regularidad a las reuniones en La Paz para los directores de las oficinas de campo. Con frecuencia, la mesa directiva de la UFW participaba en estas juntas para debatir la estrategia y los siguientes pasos frente a todos. A mis 20 años, me sentía increíblemente afortunada de ser testigo de cómo la historia se escribía frente a mis ojos

Durante una de esas reuniones en La Paz, una pareja se casó y hubo una fiesta. El alcohol corría libremente y yo le entré a la bebida, aunque todavía no cumplía los 21. Todos andaban bailando, y yo también. Para mi sorpresa, César me sacó a bailar. ¡Qué emoción! Desde luego, dije que sí. Pero cuando la canción terminó, César no se fue, sino que quiso seguir bailando conmigo.

Pasaron varias canciones más. En cierto momento, una pareja empezó a bailar cerca de nosotros. Cuando César estaba de espaldas a la mujer, ella me hizo un gesto dramático, pasándose la mano por la garganta como si la cortara y articulando palabras que no alcancé a entender. Alarmada, en cuanto la música se detuvo, le dije a César que tenía que ir al baño. Me salí a escondidas y una amiga que era abogada del departamento legal, Mary Mocine, me siguió. Al poco tiempo, la mujer que me había hecho las señas se nos unió. Me explicó que la esposa de César, Helen, se estaba poniendo celosa porque él estaba bailando conmigo. Dijo que yo le estaba faltando mucho al respeto a Helen. Me sentí mortificada. Le agradecí por habérmelo dicho. Mary me preguntó si estaba bien. Sugirió que tal vez era hora de irme a mi cuarto y dar por terminada la noche. Pero para mí, la noche aún era joven. No quería regresar a mi cuarto. Prometí no volver a bailar con César y regresé adentro. Un campesino estaba parado cerca de la puerta cuando entré e inmediatamente me invitó a bailar. Era un chicano joven, casi de mi edad, y yo estaba feliz de estar disfrutando otra vez. Solo habíamos bailado un par de canciones cuando César nos interrumpió. 'Me puse tan celoso de verte bailar con ese muchacho', me susurró al oído. Entonces comprendí por qué Mary quería que me fuera de la fiesta. Tenía que salir de ahí. Me fui en cuanto terminó la canción. Esta vez me sentía mareada, y Mary estaba otra vez a mi lado. Me acompañó hasta mi cuarto para asegurarse de que llegara bien.

Al día siguiente, la mesa directiva de la UFW y los directores de las oficinas del campo continuaron con las reuniones. En un momento dado, durante un descanso por la tarde, César se acercó a platicar.

—Eres una femme fatale—, me dijo. No supe qué responder. Yo era medianamente guapa, de una forma sencilla; nada que ver con la imagen glamurosa que yo asociaba con una 'femme fatale' Yo ocupaba ese territorio peculiar al que los chavos asignan a las chavas que son inteligentes. No era virgen, pero tampoco era promiscua. Antes de empezar a trabajar para la unión, Botello me dijo que, como organizadora del sindicato, no iba a tener tiempo para novios. Eso me hizo dudar de todo. Fui a hablar con Sal y él se rió.

—Liz—, me tranquilizó, —si eres una buena organizadora, estoy seguro de que podrás organizar tu tiempo para salir con alguien—. Tal vez la razón por la que tomé tan en serio la advertencia de Botello fue que las hermanas de Notre Dame estaban tratando de reclutarme a su comunidad en ese entonces, y yo estaba considerando su invitación. Las monjas me acompañaban a las marchas de la UFW y yo iba al convento a rezar con ellas los miércoles por la tarde. Tenía 20 años y había muchas cosas que estaba tratando de entender.

Al día siguiente, manejé de regreso por el Valle Central hacia Marysville. Durante casi todo el viaje, me sentía en las nubes con la idea de que alguien tan importante como César Chávez en verdad se hubiera fijado en mí. Pero caí de golpe a la realidad por rumbo de Stockton, cuando empecé a hacer una lista mental de todo lo que tenía que hacer al día siguiente en la oficina del campo de Marysville. Una vez que regresé, todo el episodio se me olvidó rápidamente mientras me sumergía de lleno en el trabajo de organizar.

Unas semanas después, pasó algo raro. César llamó y me dijo que iba a enviar un paquete para la hija de José Luis, un colega de Botello que apoyaba muchísimo a la unión. César dijo que, cuando llegara el paquete, quería que yo se lo entregara personalmente a la muchacha. No quería que se lo diera a nadie más para que se lo llevara; tenía que entregarlo yo misma. Acepté hacerlo, aunque la petición me pareció extraña.

Llegó el paquete, así que llamé a José Luis y le dije que César había mandado algo para su hija y que quería que se lo entregara en mano. Quedamos en una hora para que yo fuera a su casa. Cuando llegué, José Luis y su esposa, Guadalupe, me esperaban con mucha emoción. Llamaron a su hija para que saliera de su cuarto y todos nos sentamos en la sala. Su hija era estudiante de preparatoria. Era hermosa, con un cabello negro y espeso que le caía por la espalda. Ella abrió el paquete mientras sus padres y yo mirábamos. Sacó una foto de César autografiada, en la que él se veía como todo un galán de cine.

—Ay hija, esto es un gran honor —exclamó Guadalupe, mirando a su hija con orgullo. Me quedé un rato más platicando de cosas sin importancia, pero la situación se sentía incómoda. Entonces recordé lo que César me había dicho en el baile: que se sentía 'celoso' cuando yo bailaba con aquel muchacho. Por una fracción de segundo, me pregunté si César estaba tratando de darme celos a mí, pero rápidamente descarté la idea por parecerme totalmente ridículo. Al pasar el tiempo, me inventé una explicación para lo que pasó, pensando que simplemente a César se le había subido la fama. En los años 70, nadie hablaba de «grooming», y nunca se me ocurrió que esta joven pudiera estar en peligro. Ahora, 51 años después, gracias al New York Times, ya lo sé.

El éxito de la UFW al ganar elecciones de representación en todo el estado sacudió a las empresas agroindustriales de California. Los agricultores presionaron a la legislatura estatal para bloquear nuevos fondos para la Junta de Relaciones del Trabajo Agrícola (ALRB). Sin esos fondos, no había manera de aplicar la ley. Durante la mayor parte de 1976, el derecho de los campesinos a organizarse quedó en pausa. La unión contraatacó logrando que una iniciativa calificara para las boletas electorales. La Proposición 14 habría incluido el financiamiento de la ALRB en la constitución del estado, dejándolo fuera del alcance de la influencia de la agroindustria. Lamentablemente, a pesar de los grandes esfuerzos de organizar de la UFW, la Proposición 14 fue derrotada. César estaba profundamente decepcionado. Poco después de esto, el tono de la comunicación entre La Paz y las oficinas del campo empezó a cambiar.

Primeras señales de alerta

Recuerdo haber participado en una extraña llamada de conferencia para los directores de las oficinas del campo. César describió su visión del sindicato como una nueva forma de comunidad, donde todo se compartiría mutuamente y toda comunicación sería transparente. César continuó diciendo que pronto las oficinas del campo estarían conectadas por la tecnología, y que él podría monitorear las conversaciones en cualquier parte del estado con solo mover un interruptor. Esto fue décadas antes de los celulares y del internet. El comentario se sintió un poco inquietante, como el 'Gran Hermano' espiando a la gente, y también parecía algo descabellado. No le di importancia al comentario, pensando que era otra de las reflexiones utópicas de César. Al igual que el sindicato de los pobres, era algo que nunca llegaría a suceder.

Pero en las siguientes semanas, se empezó a correr la voz sobre algo más...el Juego de Synanon. César quería que todo el personal de la UFW participara en algún momento en el juego, para construir ese sentido de identidad colectiva que había descrito en la conferencia telefónica. Los reportes de los primeros participantes eran perturbadores. Sentaban a las personas en el 'asiento caliente' en medio de un círculo de ocho o diez personas, y entonces las atacaban verbalmente. Nadie podía hablar en su defensa. Las acusaciones contra la persona no tenían que ser ciertas; las mentiras eran parte integral del juego. Los únicos en La Paz que se salvaron de este ejercicio tan bizarro fueron unas cuantas monjas.

Un sentimiento casi palpable de sospecha y desconfianza empezó a crecer en la UFW. Escuché una teoría plausible sobre este cambio en la cultura organizacional: César creía que la campaña de la Proposición 14 había sido sabotada por infiltrados comunistas. Estaba usando el Juego de Synanon como una herramienta para sacar a la luz y purgar al personal desleal.

Fue durante este tiempo de discordia interna que la legislatura votó para restaurar los fondos de la ALRB, y el sindicato decidió enfocar sus esfuerzos de organizar en la industria de la uva de mesa. A principios de diciembre de 1976, cerraron la oficina de Marysville y me trasladaron a Coachella para organizar bajo el mando de Eliseo Medina. La unión quería llevar a cabo elecciones en los ranchos que habían perdido ante los Teamsters en tratos amañados. La campaña de organizar de la UFW obligaría a los Teamsters a trabajar de forma auténtica con los campesinos, o a abandonar los campos por completo.

Un nuevo terreno

Coachella era un entorno de organización muy diferente al área de Marysville y Yuba City, y también al Valle de Napa. El principal obstáculo para la organización campesina en el norte de California era la intimidación de los patrones. Los trabajadores tenían miedo de que los corrieran. En Coachella había un obstáculo adicional: la desilusión con la UFW. El sindicato había cometido errores al gestionar los primeros contratos. Los campesinos de Coachella tenían muchas quejas sobre el favoritismo en el funcionamiento del centro de contratación de la UFW. También se quejaban de que les negaban los beneficios del plan de salud del sindicato. El funcionamiento de los centros de contratación había resultado tan problemático que el sindicato decidió descartar el concepto. En respuesta a la segunda queja, el sindicato estableció un sistema para evaluar y rectificar las quejas de los trabajadores sobre la denegación de cobertura bajo el plan de salud.

Me asignaron organizar dos ranchos de uva de mesa. Las asignaciones estaban escritas en papel de gráfica y pegadas al frente de la oficina. Mientras buscaba mis tareas y anotaba los nombres de mis ranchos —Carian y KK Larsen—, dos organizadores empezaron a burlarse de mi asignación. Me di la vuelta y los confronté.

— ¿Por qué se ríen de mis ranchos? —pregunté.

— Te tocó KK Larsen —dijeron—. Eso es un chiste. Nadie puede organizar ahí.

Después me enteré que durante el primer boicot de la uva, KK Larsen le pagó a un grupo de sus trabajadores para que siguieran a los miembros de la unión por todo el país y contaran una

historia en contra del sindicato. El patrón se oponía obsesivamente a la UFW, y al menos una familia grande que trabajaba para él también era anti-UFW.

Pero también aprendí que para Eliseo Medina no había asignaciones «de chiste». Se esperaba que yo organizara en KK Larsen con las mismas ganas que en cualquier otro rancho del valle. Me pusieron en un equipo de organizar dirigido por David Martínez. Conocía a David porque él había llevado las negociaciones de los contratos con los patrones en Marysville y Yuba City. En mi primer día en Coachella, me tocó estar en una junta de organizadores por la tarde, donde escuchaba cómo platicaban de la gente que habían visitado durante la hora de la comida. Reconocí el nombre de una familia migrante de Yuba City... los Becerra. Estaban trabajando en un rancho de cítricos y el padre había firmado una tarjeta de autorización ese mismo día. Eliseo me puso la tarjeta en la mano y dijo:

—Vamos a visitarlos. Yo voy contigo.

Sabía que Eliseo me estaba poniendo a prueba y me sentí nerviosa. Esperaba que fuera el mismo Graciano Becerra que yo conocía y no una visita en frío. Eliseo me ayudó a encontrar la casa del trabajador en un grupo de edificios bajos que parecían cobertizos a las afueras del pueblo. Toqué, y una mujer contestó sin abrir la puerta.

—¿Quién es? —gritó.

— Soy Liz Sullivan, de la unión de campesinos en Yuba City —grité a través de la puerta.

—¿Quién? —preguntó de nuevo.

— Soy Liz, de Yuba City. Trabajo para la unión—. La puerta se abrió apenas un poco y la mujer se me quedó viendo.

— ¿Liz? —dijo sorprendida. Luego se volteó y le gritó a su esposo—: ¡Viejo, mira! ¡Es la campesina de Yuba City—!

Se rió y abrió la puerta de par en par, invitándonos a pasar. Toda la familia se reunió a nuestro alrededor asombrada. A Eliseo le dio risa el apodo que me habían puesto... «la campesina». Nos sirvieron café con canela y nos platicaron sobre el rancho donde estaban trabajando.

—No me tengo que preocupar por ti, Liz —dijo Eliseo mientras nos íbamos—. Te va a ir muy bien—.

Hice una nueva amiga en el equipo de Coachella, Meta Mendel, una joven menudita de San Francisco. Meta vivía con su novio, un campesino filipino llamado Rudy Reyes, que había sido uno de los huelguistas originales de Delano en 1965. Me invitaron a cenar a su casa poco después de mi llegada a Coachella. Rudy vivía literalmente en un jacal a la orilla de un rancho. Había decorado el espacio de forma fantasiosa usando tiliches y sobras que encontraba... objetos rescatados a los que les daba un uso práctico y artístico. Era un santuario lleno de magia, un mundo que no se podía imaginar desde afuera. Rudy nos preparó la cena y probé la lumpia, los rollitos primavera filipinos, por primera vez.

Meta y yo éramos las únicas mujeres asignadas a organizar ranchos para la campaña electoral de Coachella. Había muchas mujeres en el equipo de Coachella, pero no eran organizadoras. Algunas trabajaban en el centro de servicios, otras en la clínica y otras en el departamento legal. Algunas mujeres ocupaban puestos de apoyo administrativo en la

oficina del campo. Ruth Shy era una exmonja que había sido la directora de la oficina antes de que llegara Eliseo, y ahora supervisaba a un equipo de organizadores.

Meta y yo solíamos salir juntas al campo para apoyarnos mutuamente. A ella le habían asignado un rancho de cítricos muy grande. Me gustaba acompañarla a las huertas de cítricos por la mañana. Nos levantábamos antes del amanecer y manejábamos hacia el valle, al lugar donde se reunía la cuadrilla. Los trabajadores no podían empezar a pizcar sino hasta que el aire alcanzaba cierta temperatura, porque si no, la fruta sabía agria. Los trabajadores prendían fogatas para calentarse las manos y contaban historias mientras esperaban. Veíamos salir el sol sobre las montañas hacia el este, una cresta de oro brillando entre ráfagas de nubes rosadas.

La tierra en las huertas de cítricos y en los viñedos era arenosa. Cuando agarraba un puñado y lo dejaba caer entre mis dedos, aparecían trozos diminutos de conchas. La gente decía que la palabra «Coachella» venía de la palabra española *conchilla*, que significa «conchita». Era difícil manejar por los caminos arenosos de los ranchos porque a veces las llantas del carro perdían tracción y patinaban. Aprendí a sacar el carro poniendo cartones debajo de las llantas, pero necesitaba ayuda para empujarlo hacia adelante.

El desierto era extraño y hermoso. Los enormes palmares de dátiles formaban un techo de hojas que proyectaba una sombra profunda y fresca, y absorbía el sonido. Las voces y los pasos viajaban una distancia corta y luego caían en silencio a la tierra. Los trabajadores de los dátiles eran jóvenes, atléticos y no le tenían miedo a las alturas. Con la ayuda de un arnés, escalaban dos o tres pisos por el tronco de la palma para pizcar los pesados racimos de dátiles en la cima. Las malteadas de dátil eran el antojo favorito de los organizadores de

la unión. Discutíamos sobre quién hacía las mejores, si Hadley's o Laflin's... las de Hadley eran espesas y tenían trozos de dátil, pero yo prefería el suave sabor a nuez moscada de las malteadas de Laflin.

De vez en cuando, las tormentas de viento cubrían las calles y banquetas de Coachella con dunas de arena. La visibilidad en la carretera bajaba a cero y el aire se volvía color café. La arena se metía a las casas por las rendijas debajo de las puertas y alrededor de las ventanas. Nos cubríamos la cara para no respirar los diminutos granos, y un polvo terroso se nos quedaba en el cuero cabelludo, en los zapatos y entre los pliegues de la ropa.

Cuando llovía, todo se inundaba. Después de que pasó una tormenta, nos aventuramos en el desierto para ver un raro cactus en flor. Nos topamos con rocas enormes esparcidas en el lecho seco de un arroyo. Había un letrero de peligro que advertía sobre inundaciones repentinas. La tierra se veía tan árida, sin siquiera un hilo de agua. ¿Cómo podía aparecer de la nada una inundación peligrosa? ¿De dónde venía el agua? Sin embargo, la gente del lugar me aseguraba que el agua podía correr con furia por el desierto, tomando a la gente desprevenida y arrastrándola. Me quedaba pensando cómo alguien podía ahogarse en el desierto. En Marysville, conocíamos el origen del peligro y construíamos bordos para protegernos.

Pete Velasco, el secretario-tesorero de la UFW y otro de los huelguistas filipinos originales de Delano, vino a Coachella para hacer una inspección de los carros del sindicato. La flota de la UFW consistía principalmente en Plymouth Valiants y Dodge Darts. Mi carro era la excepción, un Chevy Malibu. Había sido donado al sindicato por una pareja joven de UC Davis que pasó el verano trabajando conmigo en Marysville. Le pusieron al carro el

nombre de «Crisco», porque era grande y blanco, como una bola de manteca vegetal a punto de derretirse en la sartén.

—¡Estas llantas están completamente lisas—! Se volteó y me miró con severidad, sacudiendo la cabeza.

—Hay que cambiar las llantas de inmediato— . Entonces, su expresión se suavizó.

—No es el carro lo que me importa, sino la persona que va adentro. ¡No estás segura manejando así—! Se dio la vuelta y siguió con la inspección del siguiente carro.

Para la Navidad de 1976, Eliseo nos dio dos días libres, tiempo insuficiente para regresar a Marysville. Así que manejé el Chevy con llantas nuevas a la casa de mi tío Chuck en Los Ángeles y celebré la Navidad con su familia. El tío Chuck era mi padrino y la visita sorpresa le encantó. Mi prima Katie había trabajado conmigo durante el verano, y ella le dijo lo que yo necesitaba para Navidad: un reloj.

Vulnerabilidad y riesgo

Regresé a Coachella y seguí logrando avances con los trabajadores de los ranchos que me habían asignado. El rancho de KK Larsen era un lugar verdaderamente difícil de organizar. Durante un periodo de acceso, mientras caminaba por los surcos de las vides hablando con los trabajadores, la gente empezó a hacerme señas extrañas con los ojos que no alcanzaba a entender. Entonces, el siguiente trabajador en la fila se dio la vuelta, y era el mismísimo KK Larsen: un hombre blanco, alto, mayor y robusto, que llevaba ropa estereotipada de

mexicano: un sombrero y un serape. No recuerdo el intercambio de palabras entre nosotros, pero su mensaje no necesitaba palabras.

Después de varias visitas al rancho de Larsen, conocí a una pareja joven de México que quería saber más sobre la unión. Tenían la costumbre de estacionar su carro al final del largo surco donde estaban trabajando, y lo movían periódicamente conforme cambiaban de surco, porque su niño pequeño estaba adentro del carro. Habían improvisado mantas para tapar el sol y mantenían las ventanas parcialmente abiertas para que corriera el aire. Pero esto era el desierto, y sentí una preocupación inmediata por la criatura. Visité a la pareja en su casa por la tarde, y me explicaron que el Sr. Larsen hacía reuniones frecuentes con los trabajadores y les había prometido construirles casas. Proyectaba la visión de un pueblo colectivo donde todos tendrían lo que necesitan. La visión de César sobre la unión como un nuevo tipo de comunidad me resonaba de manera extraña. Les pregunté si creían que el patrón les iba a construir una casa. Se rieron y admitieron que era poco probable.

Entonces, abordé el tema de su hijo en el carro. Me ofrecí a investigar un poco para ver si podía encontrarles una guardería. Parecían tan desconfiados sobre la posibilidad de una guardería como sobre las casas del patrón. Como sabía que en Yuba City existía una guardería gratuita para los campesinos migrantes, tenía la esperanza de encontrar algo parecido en Coachella. Pero cuando fui al Centro de Servicios de la UFW y describí la situación, la directora me dijo que la guardería pública en el Valle de Coachella tenía una lista de espera muy larga. La pareja podía llenar una solicitud, pero no habría una solución inmediata para su problema.

En comparación con el de KK Larsen, el rancho Carian parecía un lugar menos complicado para organizar. La mayoría de los trabajadores eran hombres que vivían en campos de trabajo ubicados dentro de la propiedad del rancho. El rancho tenía cuatro campos, pero solo dos estaban abiertos durante la temporada de poda en el invierno: el «Campo Filipino» en el lado este del pueblo y el «Campo Mexicano» en el oeste. Los trabajadores filipinos eran en su mayoría hombres mayores. Uno de los trabajadores se llamaba Pancho. Tocaba la guitarra y le gustaba cantar canciones de Freddie Fender.

Visité el campo filipino un domingo por la tarde y encontré a los trabajadores reunidos afuera en un círculo, gritando y haciendo señas. Cuando me acerqué, me sorprendió ver una pelea de gallos en curso. Las aves tenían navajas amarradas a las patas. Los trabajadores me invitaron a quedarme, pero inventé una excusa para irme. El campo mexicano estaba ubicado en un camino que conectaba a Coachella con el pueblo vecino de Indio. Las barracas de los trabajadores estaban en el centro de un viñedo, junto a la casa del patrón. El ambiente en el campo mexicano era sombrío y el alcohol corría libremente... el patrón ponía los barriles de cerveza.

Un chavista de Salinas llamado Lupe Iñiguez vivía en el campo mexicano. Viajaba a Coachella para la temporada de poda en el invierno y luego regresaba a los campos de lechuga en la primavera. Me advirtió que durante el pico de la cosecha en junio, el mayordomo planeaba traer a toda su familia desde Jalisco para pizcar uva. Lupe pensaba que sería imposible ganar una elección de representación con tantos trabajadores emparentados con el mayordomo. Compartí esta información con David y Eliseo, pero no parecieron preocuparse y me dijeron que siguiera organizando.

Había un ex chavista de Mexicali trabajando en el rancho con su hijo. Bajo los primeros contratos de la UFW, su esposa se había enfermado gravemente y le negaron los beneficios de salud. Ella murió. Había algo en ese señor que me agradaba. Era callado, trabajador y digno... una persona íntegra. Siempre me hablaba con respeto, a pesar del dolor y la traición que sentía por la falta de respuesta del sindicato ante la enfermedad de su esposa. Tomé sus datos con mucho cuidado y envié el caso a La Paz para que lo revisaran. Unas semanas después, La Paz respondió que no se podía hacer nada por él.

A principios de febrero de 1977, después de que los organizadores pasamos varias semanas realizando visitas personales y reuniones en las casas de los ranchos asignados, Eliseo decidió que era hora de celebrar la primera reunión general de miembros. El plan era llenar el auditorio de la escuela primaria local con chavistas entusiastas y darle vuelo a la campaña electoral.

La tarde de la gran reunión, David Martínez convocó a los organizadores de su equipo. Nos sentamos alrededor de una mesa larga e informamos cuánta gente vendría de los diferentes ranchos. Había un espíritu de competencia amistosa entre los organizadores para ver quién llevaba más trabajadores a la junta. David nos animó para dar un último empujón.

Meta y yo hablamos brevemente antes de salir hacia nuestros respectivos ranchos. Decidí ir al campamento de los mexicanos porque había más gente allí, pero los trabajadores de ambos campamentos se habían comprometido a venir. Manejé mi carro por el camino arenoso a través del viñedo y luego caminé por las largas filas de barracas repartiendo volantes para la reunión. Dos jóvenes tomaron los volantes y dijeron que necesitaban un ride. Su interés me sorprendió.

Yo tenía una lista de personas que pensaba que vendrían, basada en las conversaciones de la semana pasada. Estos jóvenes no estaban en mi lista.

Uno era el hijo del ex chavista a cuya esposa le habían negado los beneficios médicos. Lo conocía de manera superficial, apenas lo suficiente para saludarlo. El otro joven era el hijo del mayordomo. Nunca hablaba con él porque sentía que sería una pérdida de tiempo. Sospechaba de su interés en la junta y pensé que tal vez venía a espiar. Me detuve un momento antes de responder a su pregunta sobre el ride. No había tiempo de hacer una visita personal para entender realmente las motivaciones de los dos jóvenes. Quería estar entre los primeros lugares cuando los organizadores contaran las cifras de asistencia a la mañana siguiente, así que tomé la decisión repentina de creer en el interés de los jóvenes sin cuestionarlos y acepté llevarlos a la reunión.

El evento fue un éxito. Había un gentío que se desbordaba por las puertas del auditorio de la escuela.. Eliseo Medina estaba al frente y habló. No recuerdo mucho de lo que pasó, más que los dos trabajadores que traje conmigo desaparecieron. Salieron a la mitad de la junta y nunca regresaron. Cuando terminó la junta, Eliseo se fue al aeropuerto. Volaría al Medio Oeste para calmar unos problemas entre el personal del boicot.

Carol, una rubia de piel rosada que venía de Minnesota y era la asistente de Eliseo, se me acercó cuando la multitud empezaba a irse y me invitó a una fiesta en la casa de la calle Grace. Al principio le dije que sí, pero en eso reaparecieron los dos trabajadores.

—Voy a tratar de ir, pero tengo que darles el ride de regreso —le dije a Carol.

Violencia en el viñedo

Mientras regresábamos al rancho, los jóvenes empezaron a hacerme preguntas personales... ¿dónde vivía?, ¿de dónde era mi familia?, ¿cómo me había involucrado en la unión? Cuando nos acercábamos a la vuelta para el campamento, me preguntaron si podían ir a mi casa. La propuesta fue inesperada, y dudé por un momento.

El objetivo de organizar es empoderar a quienes han sido marginados por la sociedad y vueltos invisibles; sin embargo, al principio existe un desequilibrio de poder entre el organizador y los trabajadores. Parte de la disciplina de cualquier sindicato u organización comunitaria consiste en manejar ese desequilibrio, para que el organizador se haga a un lado a medida que la gente comienza a ejercer su propio poder y a rendir cuentas los unos a los otros.

Los organizadores pasamos mucho tiempo en los hogares de la gente y formamos parte de sus vidas. Conocemos sus historias. Conocemos a sus familias. Entendemos sus miedos, sus esperanzas y sus sueños. Las relaciones transformadoras son recíprocas, y un buen organizador comparte algo de sí mismo, pero manteniendo siempre una distancia profesional. Las relaciones que construimos son públicas, no privadas. Pero en un mundo ideal, ¿no debería un trabajador ser tan bienvenido en la casa de un organizador como el organizador lo es en la casa del trabajador? A mis veintiún años, yo lidiaba con ese tipo de preguntas.

Nos acercábamos a la vuelta para el campamento y decidí arriesgarme y dejar que los trabajadores vieran el departamento que compartía con otros compañeros de la UFW en Indio. Sin embargo, traté de darle un marco formal a la visita ofreciendo mostrarles un libro sobre César que acababa de publicarse. Cuando llegamos a los departamentos JLJ, entraron y se sentaron en el sofá. Se sorprendieron cuando David Martínez salió de la cocina con un plato de comida en las manos. Intenté explicarles cómo vivíamos en comunidad el personal de la unión, pero sus caras de asombro revelaron una brecha cultural. Era inconcebible que un hombre y una mujer solteros vivieran en la misma casa sin ser pareja ni familia. Les mostré el libro sobre César y hojearon las páginas por unos momentos. Luego perdieron el interés y pidieron regresar al campamento.

De nuevo, cuando nos acercábamos a la vuelta, me pidieron que los llevara a otro lado... a una licorería a un par de millas de distancia. Me molestó que me lo pidieran, pero de todos modos los llevé a la licorería. Mientras estaba sentada en el estacionamiento, consideré dejarlos ahí e irme a casa. Sin embargo, decidí no hacerlo, porque si dejaba a los trabajadores a pie y a un par de millas del campamento, podría crear resentimientos que harían más difícil el trabajo de organizar.

Salieron con cerveza y me ofrecieron una. Les dije que no quería porque tenía que levantarme temprano a la mañana siguiente para ir a los huertos de cítricos con Meta. Regresamos al rancho y di vuelta en un camino de acceso, pasando por largas hileras de vides en dirección al campamento. Estábamos en medio del viñedo cuando las llantas se atascaron en la arena. Los regadores giratorios bañaban las vides desde arriba, y el agua golpeaba de vez en cuando el techo del carro.

—Tenemos que bajarnos y empujar —les dije, con la esperanza de que no nos empapáramos por completo con el regador. Ellos estaban bebiendo y no hicieron el intento de bajarse del carro; entonces, uno de ellos dijo:

—Queremos tener sexo contigo—. Se me revolvió el estómago al darme cuenta, por primera vez, de que estaba en peligro. Supe que tenía que salir del carro y alejarme de ellos.

—Yo no quiero tener sexo —dije. Abrí la puerta, bajé del carro y comencé a caminar para alejarme. Ellos bajaron del carro y me siguieron. Empecé a correr, pero me alcanzaron y me derribaron al suelo. Luché para escaparme de ellos, pero me agarraron de las piernas y me arrastraron por la arena mojada de vuelta al carro. Me levantaron y me metieron a la fuerza en el asiento trasero. El hijo del ex-chavista se subió atrás conmigo, mientras que el hijo del mayordomo se subió adelante.

Le di patadas y puñetazos, gritando:

—¡No! ¡Déjame en paz!—. Él me bajó los pantalones y la ropa interior, y luego me rasgó la blusa. Yo seguía intentando alejarlo. Me subió el brasier y se acostó encima de mí, poniendo sus manos en mis pechos. Continué dándole de puñetazos y patadas, tratando de quitármelo de encima. Entonces, me tapó con fuerza la nariz y la boca con su mano y amenazó con asfixiarme a menos que dejara de luchar. El pánico me invadió al no poder respirar, y tuve miedo de que me matara. Me quedé flácida y entonces él me penetró. Recuerdo haber abandonado mi cuerpo mientras él entraba en mí, yendo a un lugar que no sabía que existía, un lugar que él no podía tocar, en algún punto cerca del techo del carro.

«Este tonto me está violando». pensé. «Me pregunto cuánto tiempo va a tardar». Podía escuchar el agua del regador golpeando el techo. Perdí todo sentido del paso del tiempo mientras ocupaba este nuevo y extraño refugio.

No volví en mí hasta que él se quitó de encima; entonces fui consciente de la vergüenza de estar desnuda. Podía sentir el cuerpo del violador junto a mí y oler su aliento a cerveza. Su amigo estaba en el asiento delantero, bebiendo. Quería levantarme, pero tenía miedo de moverme, completamente paralizada por el terror. Me preguntaba qué pasaría después... si ya se había acabado, o si el otro también me violaría. Luego intercambiaron lugares y el hijo del mayordomo se puso encima de mí. De nuevo me sentí ajena a todo y esperé a que terminara. Cuando acabó, se hizo a un lado. El carro apestaba a cerveza y semen, y los dos se quedaron dormidos.

Quería moverme, pero no podía. Esperé e intenté juntar valor... no sé cuánto tiempo pasó. Mi corazón latía con fuerza cuando finalmente moví los brazos. Bajé las manos hasta los tobillos y me subí la ropa interior y los jeans. Luego me bajé el brasier. Los botones de mi camisa habían sido arrancados. Me senté despacio, hasta que logré ponerme derecha. Luego, con cuidado, estiré el brazo y abrí la puerta del carro. En cuanto puse los pies en el suelo y me levanté, ellos empezaron a despertar. Uno de ellos dijo:

—¿A dónde vas?"

No respondí, pero empecé a caminar por el camino húmedo y arenoso, rogando que no me siguieran.

—Oye, ¿vas a dejar tu carro? —gritó el otro.

Seguí caminando, alejándome con paso firme y con calma, y cuando estuve lo suficientemente lejos del carro, eché a correr. Corrí por el viñedo oscuro, con la esperanza de encontrar la salida. Finalmente, salí a una carretera pavimentada e intenté orientarme. Me di cuenta de que ese camino me llevaría a la casa de Meta y Rudy. Sería una caminata larga, pero no se me ocurría ningún otro lugar a donde ir.

Empecé a caminar por la orilla de la carretera, sosteniendo mi blusa con las manos para cerrarla. Pasó un carro y el pánico me invadió. ¿Y si eran ellos, buscándome? ¿O qué tal si era algún otro hombre con malas intenciones? De repente me sentí tan vulnerable. Me salí de la orilla pavimentada del camino y caminé más atrás, entre las sombras de los árboles por las orillas de los huertos de cítricos y de dátiles... tratando de mantenerme oculta. Finalmente llegué a la casa de Meta y Rudy. Había un jardín al frente, y las hojas verdes de los vegetales brillaban bajo la luz de la luna. Toqué a la puerta, esperé un par de minutos y luego volví a tocar.

—¿Quién es? —preguntó Meta.

—Soy Liz. Estoy en problemas. Necesito ayuda — Meta abrió la puerta.

—¿Qué pasó? —

—Me violaron —Ella me dejó pasar y les conté la historia. Yo era un desastre, cubierta de cerveza, arena y semen.

—¿Quieres bañarte? —ofreció Meta.

—¡Sí! —respondí, queriendo quitarme tallando el olor de ellos.

La regadera era una de las improvisaciones de Rudy, ubicada afuera, en el jardín. Cerré la cortina, me quité la ropa y abrí el agua. Meta se sentó junto a la regadera, mientras Rudy esperaba en la casa. El chorro de agua era reconfortante y el aire de la mañana se sentía fresco en mi piel. Una luz grisácea se asomaba por el horizonte hacia el este mientras me enjabonaba y dejaba que el agua me lavara. Meta me pasó una toalla y algo de ropa limpia, pero ella era menudita y su ropa no me quedaba. Así que sacó algunas cosas de Rudy para que me pusiera.

—¿Quieres lavar tu ropa? —preguntó Meta.

—Sí —dije. Fuimos a una lavandería y tomamos café mientras la ropa daba vueltas en la lavadora y giraba en la secadora. Platicamos sobre lo que debería hacer después. No quería denunciar la violación a la policía, porque el ambiente político en el Valle de Coachella era muy tenso y la policía no estaba de nuestro lado. Tenía miedo de que el caso no fuera sobre mí y los dos hombres, sino que se convirtiera en algo sobre la UFW y los patrones. También temía convertirme en el centro de un espectáculo mediático. Decidí que debía decírselo a David, ya que era mi supervisor directo, y a Ruth Shy, porque ella estaba a cargo de la oficina mientras Eliseo no estaba. Fuimos a la oficina del sindicato y les conté a David y a Ruth todo lo que había pasado.

Supervivencia y silencio

Ruth trajo a una enfermera de la clínica que me dio un poco de Valium. La enfermera dijo que si no me llegaba el periodo, me harían una prueba de embarazo. Luego Ruth me dijo que fuera a casa a descansar. Meta me dejó en el departamento en Indio. Me acosté en mi catre en la casa vacía a media mañana. Estaba en shock y todavía me sentía un poco fuera de mí. Recuerdo haber pensado: «No puedo creer que esto haya pasado, y que yo esté aquí... todavía viva... en mi cuarto... a media mañana. Todo sigue igual, pero nada volverá a ser lo mismo».

Tomé el Valium y dormí hasta que Ruth llegó por la tarde.

—Tenemos que ir al rancho por el carro del sindicato. Necesito que me enseñes dónde está —dijo Ruth.

—No quiero volver allá, pero puedo decirte cómo llegar — dije. Intenté explicarle cómo encontrar el campamento, pero Ruth insistió en que la acompañara para traer uno de los carros de vuelta. Así que fui con Ruth al rancho para recuperar el carro del sindicato.

Habían movido el Chevy y estaba estacionado cerca de las barracas largas y bajas donde dormían los trabajadores. Ruth se bajó y caminó hacia el carro. El exchavista estaba sentado cerca, casi como si lo estuviera cuidando. Estaba encorvado, mirando al suelo. Cuando Ruth se acercó, él levantó la vista. No escuché lo que dijeron, pero vi el dolor en sus ojos. Ruth abrió la puerta y luego echó la cabeza hacia atrás e hizo una mueca por el olor. Ruth manejó el Chevy a casa y yo manejé su carro.

Al día siguiente fui a la oficina. Ruth y David me preguntaron qué quería hacer.

—Quiero seguir organizando —dije—. No quería que este ataque me derrotara, ni renunciar a algo que amaba.

Aceptaron mi decisión, pero me asignaron un guardaespaldas. Me pidieron que hiciera equipo con Maurilio y me dijeron que nunca fuera al Rancho Carian sin él. Maurilio era alto, de cabello negro y largo, y tenía bigote. Había un aire de peligro en él... cierta impredecibilidad. Fumaba mucha mota, pero no parecía tener ningún efecto en él.

Pedí que me cambiaran del departamento de Indio a la casa de la calle Grace porque ahí vivían algunos de mis amigos y había un mayor sentido de comunidad. La casa de la calle Grace estaba llena, pero me permitieron poner un saco de dormir en el suelo de la sala. Se me hizo costumbre tomar Valium y beber cerveza cada noche antes de dormir. A veces también regresaba a la casa a mediodía para tomar Valium.

Cuando Eliseo regresó, no pidió verme y yo tampoco intenté verlo. Nunca hablamos de lo que pasó. Me llegó el periodo. Un par de semanas después del ataque, viajé a Marysville para testificar en una audiencia de la ALRB. Hubiera sido fácil quedarme en casa en lugar de regresar a Coachella, y desaparecer quietamente de la UFW. Tomé la decisión de volver porque renunciar al sindicato habría significado perder otra parte de mí misma. No quería que la violación me truncara la vida. Amaba a la unión, a los trabajadores y a mis compañeros en Coachella. Amaba la belleza del desierto —pero más que eso— amaba organizar, y sentía el llamado a la justicia social. No podía permitir que la trayectoria de mi vida fuera alterada por la estupidez violenta de dos hombres.

Regresé a Coachella a través del Valle de San Joaquín en un autobús Greyhound. Era de noche, y me quedé mirando los viñedos iluminados por la luna, pasando como rayos por la ventana en largas hileras rectas. Me preguntaba si la decisión de volver a Coachella había sido la correcta. Cerré los ojos y la imagen de la cruz apareció en mi mente. En ese momento, me sentí conectada con una multitud de personas a lo largo de la historia que habían sufrido por la violencia. Yo no era diferente y no estaba sola. Sentí a Jesús increíblemente cerca, y la paz me inundó, traída por la luz de la luna a través de los viñedos, entrando en mi mente y en mi corazón... consolándome y llamándome. Había entrado profundamente en el misterio de la cruz, y supe que de alguna manera, de una forma que aún no comprendía, todo iba a estar bien.

La temporada de poda estaba terminando cuando regresé a Coachella. Un día, alguien me avisó que un trabajador en el estacionamiento preguntaba por mí. Salí y me encontré con Lupe Yñiguez, del Rancho Carian. Se iba de Coachella para regresar a Salinas, donde la temporada de la lechuga apenas comenzaba.

—Liz, no podía irme sin hablar contigo. Solo quería decirte... te aprecio—.

No decidí trabajar para la UFW porque quisiera que alguien me diera las gracias; sin embargo, ese *te aprecio* tan sincero de Lupe son palabras que nunca olvidaré.

Por un tiempo, mi vida tuvo la apariencia de normalidad. Pero algo invisible se había desplazado, como la corriente de un río cuando se derrite la nieve del invierno. El sentido de todo tenía que ser reevaluado. Estaba en alerta ante cualquier peligro y ya nada se sentía totalmente seguro.

El festival anual del dátil se celebraba en el recinto ferial de Indio, y un grupo de organizadores decidimos ir. El festival tenía una temática de *Las mil y una noches*. Había música, comida, arte, muchísimos dátiles y productos derivados, y juegos mecánicos. Maurilio retó a un organizador llamado Bobby de la Cruz a hacer que uno de los juegos fuera realmente emocionante, desactivando la barra de seguridad y poniéndose de pie mientras el juego caía en picada. Otros los animaban y hacían apuestas sobre quién se echaría para atrás. Mientras los dos se medían, yo me alejé y empecé a caminar sola por el pasillo central brillantemente iluminado.

La chillante decoración de *harem* del festival era poco parecida con la digna modestia del mundo árabe. Me quedé reflexionando sobre el pequeño y polvoriento pueblo llamado *Mecca*, a solo unas cuantas millas al sur de Coachella. ¿Quién le habría puesto ese nombre? ¿Cómo es que la identificación con Arabia se había vuelto tan fuerte en esta parte de California? Había trabajadores agrícolas yemeníes en Marysville, pero yo aún no conocía a nadie de ascendencia árabe en el Valle de Coachella.

Estos pensamientos fueron interrumpidos por un joven, un trabajador del Rancho Carian. Charlamos por unos momentos y le dije que había venido con amigos, pero que ellos estaban en los juegos. Había una cabina de fotos cerca y me preguntó si me tomaría una foto con él. La petición me puso triste. Es el tipo de cosas que hacen los novios. Sentía desconfianza, pero no quería vivir mi vida con miedo. Nos tomamos las fotos y dividimos las tiras rizadas de fotografías en blanco y negro entre los dos; después, cada quien siguió su camino.

Mi hermana gemela vino a visitarme durante las vacaciones de primavera de UC Berkeley, pero no me atreví a contarle lo que había pasado. No quería hablar de la violación por varias razones. Sentía vergüenza. Tenía la creencia errónea de que, por pura fuerza de voluntad, podría seguir adelante con mi vida. Las circunstancias del ataque planteaban cuestiones complicadas sobre raza, género y clase social. No quería tener que defender mi compromiso con la unión ante mi familia. Yo ya había cruzado a otro mundo, y ellos estaban haciendo lo posible por entenderme y apoyarme. Pero esto sería ir demasiado lejos, y me presionarían para que regresara a casa. En pocas palabras, era mucho más fácil callar la violación que hablar de ella, al menos a corto plazo.

Una mañana desperté y me costó trabajo ubicarme. La casa de la calle Grace estaba en silencio. Miré el reloj y me di cuenta de que iba a llegar tarde a una reunión del personal. ¿Cómo era posible que no hubiera escuchado a todos los demás levantarse y andar de un lado a otro? Me vestí rápidamente, me subí al Chevy y salí a toda prisa hacia la oficina. Por suerte, había un lugar de estacionamiento vacío justo enfrente, delante del banco. Pero entré al lugar de forma muy cerrada y golpeé un pilar que estaba al ras de la banqueta con una fuerza sorprendente. Todo el personal de la UFW estaba sentado en la parte delantera de la oficina, cerca del ventanal que daba a la calle. Pudieron ver y escuchar el accidente cuando ocurrió. Me bajé del carro sintiéndome avergonzada. No solo llegaba tarde, sino que ahora había dañado mi carro al estacionarme. Me sentí como una idiota. Quietamente tomé un asiento vacío y la gente actuó como si nada hubiera pasado. Eliseo siguió dirigiéndose al personal y nadie me habló.

Poco después, una de las enfermeras se me acercó y me preguntó si quería una bolsa de hielo.

—No. Estoy bien —respondí.

—Se te está hinchando el labio —susurró ella.

Al parecer, me había golpeado la cabeza contra el volante, y mi labio se iba agrandando más y más conforme avanzaba la reunión. Ella se escapó un momento a la clínica y regresó con una bolsa de hielo. Cuando terminó la reunión, Eliseo salió del cuarto y entonces se escuchó un clamor. Todos los hombres corrieron afuera a ver el carro y todas las mujeres me rodearon para preguntarme si estaba bien. Por fin hubo una respuesta humana normal.

Eliseo estaba furioso. Me mandó llamar a su oficina y me acusó de chocar el carro a propósito, de no cuidar debidamente la propiedad de los trabajadores. Eliseo me ordenó reparar el carro con mis propias manos. Asignó a un campesino para que me ayudara, pero dijo que yo tenía que hacerlo todo: ir al yonke, buscar las piezas, quitar la defensa dañada y reemplazarla. El campesino era un hombre de mediana edad, callado y con el pelo entrecano. Parecía avergonzado por el arranque de Eliseo. Durante los siguientes días, arreglamos el Chevy juntos.

La primavera era la temporada para el desahije de la uva. Para desahijar la variedad *perlette*, los trabajadores se ponían un cepillo redondo de goma en la mano y tallaban los pequeños racimos, tirando el exceso de fruta para que las uvas restantes crecieran grandes y jugosas. Durante la temporada de desahije, César encabezó una marcha masiva por el valle, desde Mecca hasta Coachella. La marcha terminó con un mitin y una carne asada en el parque. Muchos trabajadores del Rancho Carian se unieron a la marcha, incluso uno de

los supervisores. La cuadrilla de filipinos participó de una manera muy visible, ayudando con los anuncios por radio y luego cargando la bandera de Filipinas al frente de la marcha, cerca de César.

Un día después, la cuadrilla del campamento filipino fue despedida. El patrón dijo que trabajaban muy despacio, pero es algo totalmente fuera de lo común despedir a toda una cuadrilla por falta de productividad, ¡incluyendo al cocinero del campamento! Los trabajadores sintieron que era una represalia por haber participado en la marcha del sindicato, así que presentamos una queja por prácticas laborales injustas ante la ALRB.

El domingo de Pascua de 1977, manejé hasta una iglesia católica en *Indio* y estacioné mi carro. La misa ya había comenzado y las puertas de la iglesia estaban cerradas. Me detuve en los escalones bañados por el sol y puse la palma sobre la cálida madera de la puerta. Luego, lentamente, me di la vuelta y caminé de regreso al carro. No había resurrección en mi corazón, solo la cruz.

A las pocas semanas, despidieron a más trabajadores de los campamentos mexicanos. La mayoría había participado activamente en el sindicato, pero no todos. Uno de los trabajadores se quejó con el mayordomo de que le habían prometido trabajo constante hasta el final de la cosecha. El mayordomo se rió y le sugirió que le pidiera trabajo a Liz Sullivan. Tal como Lupe Yñiguez había predicho, los parientes del mayordomo empezaron a llegar a los campamentos. Parecía como si todo un pueblo de los altos de Jalisco se hubiera quedado vacío. La madre del mayordomo estaba entre los nuevos trabajadores, una mujer mayor y hermosa con ojos de acero. Se llamaba Zoila.

Presentamos una queja por prácticas laborales injustas por los trabajadores que fueron despedidos de los campamentos mexicanos, y me puse a conocer a los recién llegados. La mayoría de las familias tienen algunos espíritus libres, y en el clan del mayordomo yo buscaba a los que no se dejaban llevar. Conforme empecé a desenredar la red de relaciones, hice un árbol genealógico con el nombre de Zoila hasta arriba, y ponía una marca junto a los nombres de las personas cuando firmaban las tarjetas de autorización.

Traición interna

Con la cosecha en su mero apogeo, César mandó a Marshall Ganz y a Jim Drake para reforzar a Eliseo en la recta final de las elecciones en el Valle de Coachella. Organizadores de El Centro y Calexico siguieron a Marshall hasta Coachella y nuestro grupo se duplicó de la noche a la mañana. Durante meses, Meta y yo habíamos sido las únicas mujeres organizadoras trabajando en Coachella. Pero ahora había varias mujeres organizando, y me tocaba verlas hacer cosas que a mí me parecían peligrosas, como meterse solas a los campamentos.

Empecé a hablar con las mujeres individualmente, advirtiéndoles que tuvieran cuidado. Una de las nuevas organizadoras, Phyllis, notó mi preocupación.

—Hablas mucho sobre la seguridad. Tal vez deberíamos tener una reunión de mujeres para platicar sobre estrategias para mantenernos seguras—dijo.

Ella me sorprendió con esta sugerencia, pero acepté. Phyllis empezó a organizar una reunión de seguridad para mujeres. Solo vinieron unas cuantas, y la mayoría trabajaba en puestos de apoyo en lugar de organización directa. Un par de mujeres querían hablar de otros temas además de la

seguridad, como el estatus de las mujeres en la UFW en general. Intenté mantener el enfoque en la seguridad y compartí mis ideas sobre cómo mantenerse fuera de situaciones peligrosas.

Una de las mujeres que asistió a la reunión le informó a Eliseo que estábamos tratando de «contra-organizar». Esta era una acusación grave en aquella época, cuando la UFW estaba purgando a gente sospechosa de ser comunista. Un par de días después, Jim Drake se reunió conmigo individualmente para preguntarme por qué había participado en la reunión.

—Me preocupa la seguridad de las mujeres que llegaron recientemente a Coachella—, expliqué. —Las veo hacer cosas peligrosas, como ir solas a los campamentos—.

—¿Si te preocupa la seguridad de las mujeres, no sería mejor llevar esas inquietudes a Eliseo y que se traten en una reunión de todo el personal, en lugar de tener tu propia reunión por fuera? —preguntó él.

¡Claro, qué lógica tan perfecta! Eso es lo que cualquier persona razonable haría, y sin embargo, a mí me parecía imposible. Yo no conocía muy bien a Jim Drake, así que no le dije que me habían violado, que había hablado con mis supervisores directos cuando ocurrió el ataque y que me habían asignado un guardaespaldas que me acompañara a los campamentos. No le dije que el equipo administrativo de Coachella entendía muy bien el peligro que enfrentaban las mujeres y que, aun así, no habían advertido ni protegido a las nuevas organizadoras de El Centro y Calexico. No dije ninguna de esas cosas. En su lugar, simplemente declaré que no veía nada malo en que las mujeres tuvieran una reunión por su cuenta para compartir ideas sobre seguridad.

Unos días después, llamaron a todos a una reunión especial del personal. La oficina ya nos quedaba chica, así que nos reunimos en una bodega en la siguiente calle. Cuando todos estaban presentes, Eliseo anunció que algunas mujeres habían sido acusadas de «contra-organizar» y que debían rendir cuentas ante el grupo. Lo que siguió fue una versión retorcida del *Juego de Synanon*, una técnica de terapia contra las adicciones que se usa para quebrar a los adictos que mienten habitualmente. Una a una, cada mujer que había asistido a la reunión de seguridad fue puesta en la «silla caliente», y cualquier persona en la sala podía decir lo que quisiera sobre ella. No tenía que ser verdad, y nadie podía salir en su defensa. Cada mujer tenía que defenderse de cualquier acusación o insulto que le lanzaran.

Observé este espectáculo desarrollarse con horror. Las mujeres a las que quería proteger fueron sometidas a feroces ataques verbales y emocionales. Mi preocupación por la seguridad precipitó el juego, y ahora me sentía impotente para detenerlo... lo único que podía hacer era mirar. Se sintió como una segunda violación, una traición que me hirió tan profundamente como la primera. Hasta ese momento, yo había mantenido la esperanza a pesar de la experiencia de la agresión sexual. Me consolaba saber que era parte de una lucha no violenta por la justicia social. Sentía un alivio en la creencia de que el organizar podía transformar a la sociedad, trayendo más compasión y justicia al mundo. Ahora, la UFW se estaba desmoronando ante mis ojos, convirtiéndose en algo que ya no reconocía.

Antes de que llegara mi turno para que me aplicaran el «juego», una joven abogada llamada Ellen entró a la bodega buscándome. Necesitaba mi testimonio para una audiencia de prácticas laborales injustas ante la Junta de Relaciones Laborales Agrícolas. Al principio, Eliseo no quería dejarme ir. Dijo que tenía que quedarme hasta que me tocara estar en la «silla caliente». Pero la abogada era firme. Dijo que me necesitaba en ese

momento y que me iba a sacar de esa sala, le gustara a él o no. Se acercó y me tomó de la mano. Me fui con ella.

Cuando llegué a la oficina de la ALRB, los abogados del estado estaban esperando para prepararme a testificar. Sin embargo, lloraba desconsoladamente y no podía calmarme. Los abogados salieron y regresaron varias veces, solo para encontrarme sollozando. Intenté tranquilizarme, pero las lágrimas seguían saliendo como una inundación repentina de emociones. Los abogados descartaron mi testimonio. Mientras tanto, el *Juego de Synanon* continuaba y, al parecer, Eliseo intentó ponerme en la «silla caliente» *in absentia*. Ruth lo detuvo. Esta ex monja de Missouri con voz ronca era muy terca. Dijo que nadie podía hablar de mí en mi ausencia, ¡que no lo permitiría! Nunca olvidaré que Ruth me defendió, y su autoridad moral fue aceptada. Lamentablemente, culparon a Phyllis por organizar la reunión de seguridad de las mujeres y la despidieron.

Las elecciones de la uva ocurrieron a finales de junio de 1977, y César hizo un último esfuerzo desesperado recorriendo los ranchos para agradecer personalmente a los trabajadores que habían firmado las tarjetas de autorización. Me senté en el auto con César antes de que saliera hacia el rancho Carian.

—¿Y cómo están Marysville y Yuba City? —preguntó. La pregunta se sentía fuera de la realidad. Estábamos sentados bajo el calor del mediodía en el Valle de Coachella en junio, en medio de una batalla campal por representar a los trabajadores de la uva. Mi ciudad natal se sentía tan lejana; parecía pertenecer a otra vida.

—No sé —respondí. —He estado trabajando en Coachella—.

Cuando llegamos al rancho, los organizadores recorrieron los surcos identificando dónde estaban los chavistas para que César pudiera agradecerles personalmente. En medio de uno de los surcos, encontré al ex chavista. Le expliqué lo que estaba haciendo y él sacudió la cabeza.

—César no va a pasar por este surco —dijo. Seguí caminando y salí al camino de acceso, donde César estaba esperando, flanqueado por sus guardaespaldas. Describí quiénes estaban en el surco, incluyendo al viejo.

—Ese no lo voy a hacer —dijo César, y siguió caminando hacia el siguiente organizador.

Me quedé con la UFW un par de semanas después de la elección en el rancho Carian. El resultado de la votación no se pudo determinar porque ambos lados objetaron muchísimos votos. El hijo del patrón se volvió loco en los últimos días. Se agarró a golpes con Fred Ross Jr. y empujó el carro de David Martínez hasta el otro lado de la carretera con un tractor. A una de las organizadoras de Callexico la llamó prostituta, y repartió un volante que representaba a una organizadora de la UFW intercambiando sexo por votos. Debido a esta mala conducta, la ARLB finalmente ordenó al patrón negociar con la unión, a pesar de la elección disputada, pero la orden fue ignorada.

Era mediados de julio de 1977 cuando decidí dejar el sindicato. Me reuní con Eliseo para entregar mi renuncia. Se me hizo extraño que Eliseo nunca me hubiera hablado de la violación, y que se hubiera enfurecido tanto cuando choqué el Chevy contra la columna del banco. Su falta de sensibilidad durante el *Juego de Synanon* era incomprensible para mí. No podía irme del sindicato sin tener al menos una conversación directa con él sobre la violación. Me armé de valor para vencer a la vergüenza y al miedo.

Eliseo parecía descontento cuando le dije que quería renunciar. Mi partida dejaba un hueco en su equipo de organización, que en ese momento estaba enfocado en la elección de delegados de cada rancho para la Convención de la UFW en agosto. Cuando le entregué a Eliseo la carta de renuncia, se negó a recibirla.

—No me la des a mí. Dásela a César. Él fue quien te contrató.

—Está bien —respondí, un poco desconcertada. Era evidente que no quería que me fuera, y sin embargo, se distanciaba de mí con un frío desdén.

—¿Eliseo, sabías que fui violada en febrero cuando llevé a dos trabajadores a su campamento después de una reunión? —pregunté.

—Bueno, los campesinos no son perfectos —respondió, como si yo hubiera lanzado una acusación contra toda la clase social a la que él pertenecía. En ese momento me di cuenta de cuánto me veía Eliseo como una extraña. Un abismo se extendió entre nosotros, uno que yo no tenía el lenguaje, las herramientas ni la voluntad de cruzar.

Tomé la carta de renuncia del escritorio de Eliseo, la metí en un sobre y la mandé por correo a La Paz. Me subí a un autobús Greyhound y fui a visitar a mi padrino en Los Ángeles. Tío Chuck me invitó a comer a un elegante restaurante mexicano con paredes de falso adobe. En la portada del menú había una fotografía de una mujer indígena con un serape de colores, sosteniendo una canasta sobre la cabeza. Después de comer, me invitaron a nadar, pero yo no tenía traje de baño. Fuimos a un centro comercial y me fijé en que todas las mujeres de las tiendas tenían el mismo corte de pelo esponjado y en capas. Farrah Fawcett había ascendido a la cima de la cultura popular mientras yo había estado realizando reuniones en casas y recolectando tarjetas de

autorización. Era como si estuviera regresando de una larga estancia en un país extranjero; sin embargo, sentí una brecha con la sociedad a la que Eliseo me había consignado. Más tarde ese día, fui a caminar con mi tío. Él sabía que algo andaba mal.

—¿Por qué miras al suelo cuando caminamos? —preguntó. —Dime qué pasa—.

Busqué en vano las palabras para describir lo que sentía. Todo había cambiado desde nuestra visita de Navidad seis meses atrás. Intentaba encontrar suelo firme, un lugar donde pararme entre dos mundos distintos, pero la tierra seguía cediendo bajo mis pies. Regresé a Marysville e intenté descifrar el siguiente paso en mi vida. No quería volver a la escuela, más bien quería trabajar. Tenía en mente mudarme a San Francisco. Conseguí un trabajo en una cosechadora de tomates con unos amigos campesinos para ganar algo de dinero. Fue ahí donde conocí a mi futuro esposo, Héctor.

Posdata: Ser responsables unos con otros

Con el tiempo, ya como una mujer de mediana edad —después de mucha terapia, trabajo espiritual, un matrimonio fallido y tras la muerte de César—, intenté pedirle cuentas a la UFW por lo que me había sucedido; especialmente por aquella versión retorcida del *Juego de Synanon* en Coachella, donde las mujeres que asistimos a la reunión de seguridad fuimos puestas en la «silla caliente» y abusadas verbalmente.

En enero de 1996, le escribí a David Martínez y él me llamó de inmediato. Reconoció lo grave que era la situación y dijo que lamentaba profundamente su papel en ella. Me brindó mucho apoyo. Le hice algunas sugerencias sobre cómo la UFW podría tomar un nuevo rumbo y cambiar su cultura, ahora que César había fallecido. A David le gustaron mis

ideas, pero sentía que tenía poco poder para lograr tal cambio. Dijo que necesitaba tiempo, al menos seis meses.

Por azares del destino, vi a Dolores Huerta en una conferencia ministerial de la Diócesis de Oakland en septiembre de 1996. Ella era una de las ponentes invitadas. Le hablé de mi conversación con David y le pregunté si había visto mi carta. Me dijo que David había dejado el sindicato en abril de 1996 y me pidió que le enviara una copia de la carta en un sobre marcado como «confidencial». Hice lo que me indicó y esperé diez meses.

Exasperada, decidí escribirle a Arturo Rodríguez, yerno de César y nuevo presidente de la UFW. Le conté sobre mi carta a David, mi encuentro con Dolores y la falta total de respuesta. Amenacé con hacer pública mi historia y empezar a hablar de lo que me había pasado. Exigí una disculpa formal de la UFW por el *Juego de Synanon* realizado en Coachella como respuesta a la reunión de seguridad de las mujeres.

Arturo no me respondió directamente, sino que envió a Dolores Huerta a hablar conmigo. En septiembre de 1997, ella vino a mi casa en Oakland. La reunión no salió bien. Dolores empezó diciéndome que la UFW no tenía motivos para ofrecerme una disculpa. Dijo que «la violación es simplemente algo que los hombres hacen a las mujeres», y que mis violaciones no tenían nada que ver con el sindicato. Le dije que la violación es un crimen de poder, no de lujuria, y que si ella pensaba que mis violaciones en medio de los viñedos de Carian durante una campaña de organización no tenían relación con el sindicato, estaba equivocada. Yo veía el ataque como un intento de callarme, de volverme ineficaz como organizadora.

Pero está bien, supongamos que las violaciones no tuvieron nada que ver con el contexto de la campaña de organización de la UFW en Coachella, que fueron simplemente algo que los hombres hacen a las mujeres; pero el *Juego de Synanon* era harina de otro costal, ahí la responsabilidad del sindicato era absoluta.

Una vez más, Dolores me desestimó. Dijo que el *Juego de Synanon* era un ejercicio inocente de integración, el tipo de cosas que las corporaciones hacen con su gente. Negó que algún *Juego de Synanon* hubiera ocurrido en Coachella, y dijo que la reunión que yo describía era bizarra y ajena a cualquier decisión que César y la mesa directiva hubieran tomado sobre el *Juego*. Le recordé que dos miembros de la mesa directiva de la UFW participaron en esa reunión: Eliseo Medina y Marshall Ganz.

Luego, exigió saber por qué no la había buscado cuando todo esto sucedió. ¿Por qué no se lo había dicho? Antes de que pudiera responder, ella contestó por mí:

===Seguramente pensaste que yo no tenía poder, pensaste que no podía hacer nada—. Se veía profundamente afectada. De repente, la conversación se trataba de ella.

Era obvio que esta reunión no iba a ninguna parte y yo ya estaba lista para que se fuera de mi casa. Pero en una última e impactante maniobra, Dolores declaró:

—¡Yo sé que todo esto fue culpa de David Martínez. Él está detrás de esto!—

—Lo dudo mucho —respondí, — Eliseo era quien estaba a cargo de la oficina de Coachella—.

Dado que el personal de la UFW no podía ni cambiar una llanta de un auto sin el permiso de César, a mí me parecía probable que el mismo César hubiera ordenado la reunión, fuera o no un «Juego de Synanon». Dolores aceptó investigar quién había sido responsable de convocar esa reunión en Coachella y volver a comunicarse conmigo para darme la información. Nunca volví a saber de ella.

Con el tiempo, busqué a Eliseo Medina y a Marshall Ganz. Eliseo no respondió. Marshall habló conmigo y fue muy comprensivo. Reconoció lo grave que era la situación y me pidió disculpas.

Ya como una mujer de mediana edad, cuando empecé a hablar abiertamente sobre la violación con mi familia, mi hermana menor, Florence, reveló algo perturbador. En noviembre de 1976, ella me acompañó a Sacramento en vísperas de la elección para promover la Proposición 14. Pasamos la noche en un gimnasio con decenas de personas más; dormíamos en sacos de dormir sobre el suelo. Me alejé de Florence por un momento, quizá unos veinte minutos. Durante ese tiempo, un hombre la manoseó. Florence tenía trece años. Yo era la adulta responsable de la seguridad de mi hermana, y le fallé por completo. Esto es algo de lo que siempre me arrepentiré.